



MEDIA



Miedo

Sergio Torrijos Martínez

Ediciones eRyN 2012
rojoynegro.info/publicaciones/



Siempre que estaba agobiado, aburrido y abatido, lo cual siempre me ocurría cuando salía del trabajo, para resarcirme, cogía el metro y acudía al aeropuerto. Desde que abrieron esta nueva línea de metro, que conectaba el centro de la ciudad con el aeropuerto de Barajas, era un habitual de ella. Aquello me daba la sensación de viajar yo mismo, pese a que tristemente tan sólo iba a ver aviones y a observar viajeros que acudían o llegaban, de vete tú a saber dónde.

Tan sólo el hecho de entrar en esta línea de metro y ver a los viajeros que acudían con sus maletas con ruedas, sus mochilas, su aspecto desaliñado me daba la sensación de empezar un viaje, de ir hacia donde nunca yo iría. Eran estos viajes la única medicina que me calmaba y me hacía dejar de odiar mi trabajo por un par de horas.

La conveniencia, que no las ganas, me había obligado a tomar este trabajo, lo único bueno que traía consigo era la cercanía a la nueva

estación abierta con destino al viaje, a la aventura....

Conforme iban transcurriendo las estaciones se iba acrecentando en mí esa sensación de provisionalidad que dan todos los aeropuertos, el miedo a llegar tarde, a ver escapar el avión esperado, a llegar justo a ese momento en que se cierra el embarque, me encantaba.

Una vez allí acudía siempre a internacional, en donde la gente era más variada, allí sí que se podía dar la sensación de aventura, los viajeros iban más cargados con pesadas maletas que colocaban en unos carritos, los cuales paseaban por toda la Terminal.

Veía a gente sentada con rostro cansado, la botella de agua, ineludible, entre las manos y el semblante surcado por un profundo despiste. También de vez en cuando se veía a los viajeros malamente tumbados en los asientos del pasillo, durmiendo a pierna suelta, siempre a la espera.

Lo que más me gustaba sobre todo eran los corrillos que se formaban en las llegadas, allí cuando llegaba un avión grande de destino

incierto, la gente se arremolinaba en torno a las puertas, a esperar la salida de la persona a la que habían ido a buscar, los gestos de encuentro, la mayoría de las veces alegres, los abrazos y los besos se sucedían paulatinamente mientras los viajeros a cuenta gotas iban saliendo por las puertas.

Tras esas puertas una cuerda separaba ambos mundos, una puerta corrediza se abría y daba al gran vestíbulo, allí parapetados tras la cuerda aguardaba la gente. Todos los viajeros miraban a las personas que aguardaban y en todos se podía adivinar la esperanza de hallar un rostro conocido. A veces un grito y unos abrazos, que todos mirábamos esbozando una sonrisa, esperando ser nosotros los próximos a sentir el reencuentro con algún ser querido.

A menudo me unía a dichos grupos como haciéndome pasar por uno de ellos que había ido a buscar a alguien querido y cuando ya el grupo comenzaba a clarear me escabullía y acudía a otro.

La política de costes, es un suponer, había

provocado que las llegadas las concentraran en dos puertas, en ellas se unían llegadas internacionales y nacionales, por la misma puerta podía salir un viajero procedente de la cercana Barcelona que de la lejana Barranquilla. Un gran acierto desde mi punto de vista.

Los grupos eran mucho más variados, se fundían en uno las cortas ausencias con ausencias de años, los abrazos sentidos e incluso las lágrimas con un beso en la mejilla o una ligera palmada en el hombro. Los viajeros eran en su mayoría nacionales, con gran afluencia de extranjeros. En todos los viajeros, que cruzaban las puertas correderas que daban al vestíbulo, se percibía el mismo interés al ver a las personas que aguardaban, las mismas miradas en busca de algún rostro conocido, las mismas muestras de esperanza por ver algún ser querido.

Fue en una de esas ocasiones en las que se juntaban vuelos de variopintos lugares con vuelos nacionales cuando la vi.

Desesperado, tras un día horrible en el trabajo,

había acudido al aeropuerto. Mi jefe, quien disfrutaba atormentándome, había pasado una mala noche y como consecuencia pensó que yo debería pasar un mal día, a ello se sumó un día de esos, que todos tenemos y que conllevan, que por mucho que nos esforcemos no hagamos nada bien.

Cuando el reloj marcó las seis de la tarde fue como una liberación, como un París liberado por el general Leclerc, una fiesta inaudita. Decidí pasar un par de horas por el aeropuerto a ver si mi humor mejoraba y conseguía evadirme, aunque sólo fuera por un par de horas, de mi miserable existencia, más miserable aún tras tener que escuchar las acusaciones veladas de mi jefe sobre mi escasa capacidad productiva.

Allí estaba junto a un grupo de personas que esperaban a sus seres queridos, o al menos a mí me lo parecía, que todos los que cruzaban las puertas tenían méritos suficientes para ser queridos por otros.

Un vuelo internacional europeo se juntó con uno de América del norte, otro del sur y dos

nacionales, una mezcla ideal.

Los pasajeros iban saliendo, algunos con ligeros equipajes otros cargando maletas de muy buen porte, unos con ropas de verano, que hablaba de sus orígenes cálidos, otros con ropa de más abrigo y que contrastaban con nuestra temperatura.

Entre ellos una mujer, de aspecto indefinido y que según las películas americanas se podría considerar caucásica salió por la puerta. Sólo portaba una mochila al hombro y cuando surgió tras la puerta no miró a la gente, salió con el rostro cabizbajo mirando al suelo y no levantó la cabeza ni un solo momento.

Aquella actitud no pudo más que llamarme la atención y la seguí con la mirada. Ella tomó el mismo camino que el resto de viajeros, es decir a la derecha de la puerta, pocos eran los que tomaban el camino de la izquierda, si bien va a desembocar al mismo punto del vestíbulo, y cuando pasó la cuerda que separaba ambos mundos siguió apresurada hasta unos asientos y tomó asiento en uno.

Allí dejando la mochila a sus pies agachó aún más la cabeza y se cubrió el rostro con ambas manos. Sin quererlo me acerqué a ella, a unos escasos metros, y comencé a escuchar llanto. Un llanto quedo y silencioso pero llanto.

No pude más que quedarme prendado.

Sólo era capaz de ver su cabeza de un rubio pálido y su aspecto desaliñado, pero aún así me produjo una gran ternura. Sin poder evitarlo me senté a su lado y le di una pequeña palmada en el hombro. Ella no levantó la cabeza y siguió sollozando, de manera discreta pero indudablemente era un sollozo.

Aguardé sentado a su lado pensando en la pena tan grande que podía embargar a un ser humano.

Tal vez la pérdida de un ser querido, el fin de un amor o quizás el fin de una amistad. Algo profundo porque no había visto llorar así a nadie hasta la fecha. Aquellos movimientos de hombros, ligeros y rítmicos, aquel llanto en silencio representó para mí el mayor dolor que podíamos llegar a mostrar y así lo comprendí.

Supuse que no había consuelo por lo que sólo aguardé_ a que mi presencia sirviera para mostrar algo de cercanía.

Cuando ya terminó de sollozar siguió unos minutos con el rostro tapado por las manos.

- Lo siento –dije en voz baja.
- ¿Por qué lo sientes? –preguntó en castellano pero con un acento átono que no representaba nada.
- Por tu dolor –contesté mirando su cabeza.

Ella permaneció en silencio, en la misma postura, mientras aguardé mirándola sin decir nada y sin esperar nada, salvo un gracias y verla marchar por el pasillo.

Levantó la cabeza y separó ambas manos de su rostro, miró alrededor y cuando su mirada coincidió con la mía me sonrió. Fue una sonrisa ligera pero cargada de ternura.

La soledad me había enseñado a guardar silencio y es lo que hice, esperé. No devolví la

sonrisa puesto que consideraba la situación como trágica pero la miré a los ojos y allí vi una cantidad enorme de dolor y soledad, al menos tanta como en la que yo vivía.

- ¿Te sientes sola? –pregunté.
- No me siento, lo estoy –respondió con su acento neutro- tanto como tú.

Aquello me dejó aturdido. Nadie es capaz de ver esa soledad o al menos a simple vista, se ve al cabo de un tiempo, cuando te ven pasear en solitario o cuando tus rutinas hacen que los demás aprecien esa soledad, supuse que como ella algo en mi rostro lo denotaba.

- ¿Tienes donde ir?
- Ella negó con la cabeza.
- Te puedo dar cobijo –proseguí sin mirarla- al menos por unos días. Tengo una casa demasiado grande y como sabes demasiado vacía.
- No busques consuelo en mí, en breve plazo marcharé –explicó con una voz

que denotaba dureza y convicción.

- Ya no busco consuelo en nadie. Todo lo que pude albergar en los demás hace tiempo dejé de buscarlo.

Ella asintió y me miró a los ojos.

Me puse en pie y tomé su mochila. Ella me siguió.

En el metro de vuelta a mi casa iba pensando en que podía ser una ladrona o una asesina que huía o en los tiempos que corrían una terrorista buscada por la policía de todo el mundo, me daba un ardite. Poco podría robar, matarme sería un acto de buena fe y esconderla de la policía, algo divertido concluí al poco, sonriendo para mí.

Tenía una casa amplia, el motivo por el que seguía soportando el trabajo que odiaba, demasiado grande para una sola persona y allí la ofrecí una habitación. Ella quedó conforme y sólo pude sacarle un asentimiento de cabeza. Le ofrecí una modesta cena pero ella negó con la cabeza.

- Mañana buscaré trabajo –asistió con gesto firme- te pagaré un alquiler.
- No es necesario –expliqué- aunque vivo con modestia, como puedes observar, me basto para pagarlo solo.
- Buscaré trabajo mañana.
- Esto es España, hay millones de parados, no será tarea fácil –detallé provocando en ella una sonrisa que no supe identificar.
- No es problema, mañana buscaré, en menos de siete días tendré un trabajo.

Hice un gesto de asentimiento, dejaría que nuestro voraz mercado laboral se encargará de sacarla de sus ideas. Tras ello se encerró en su habitación.

Cuando me levanté para ir a trabajar la puerta seguía en el mismo estado. Como era pronto y la supuse cansada no hice ademán de despertarla y tras un frugal desayuno partí al trabajo. Le dejé una nota explicando que podía obrar con la vivienda a su antojo y deposité

sobre la nota unas llaves para que las usará.

Mi jefe se mostró más cauteloso y el día sólo supuso una lenta tortura, cuando regresé aproveché para hacer unas compras por lo que llegué más tarde. Nada más entrar noté otra presencia en la vivienda, el olor a colonia femenina y a otra persona permanecía en el ambiente.

Encontré un ordenador portátil en la mesa del comedor y una nota sobre él indicando que había salido a comprar. Tenía una letra menuda y muy descuidada, me costó comprender el significado, supuse que era persona poco acostumbrada a escribir, suele ocurrir en estos tiempos que corren, cada vez hacemos menos uso de la mano para escribir y nuestra letra cada vez es peor.

Estaba preparando la cena cuando regresó. Volvía sonriendo por lo que yo la sonreí. Hacía mucho tiempo que no sonreía en mi casa y aquello me hizo alegrarme.

- ¿Fue bien el día? –pregunté.

- Estupendo –respondió sin dejar de sonreír- tuve que salir a por algo de tecnología esta mañana y esta tarde paseé. ¿Cómo es posible que no tengas teléfono ni Internet?
- ¿Para qué?
- Por ocio, aunque sea –contestó haciendo un gesto con ambos hombros.
- Mi ocio es leer o ir al aeropuerto.
- ¿Vas en busca de víctimas?
- Algo así.
- He visto que tienes muchos libros ¿podrías recomendarme uno? Si me place será la siguiente ciudad a la que viaje.
- ¿Alguna preferencia?
- Que sea divertido –pidió sin sonreír.

Dejé por un momento la cocina y busqué un libro sobre alguna ciudad inventada, mi mente fue en primer lugar a Macondo, pasando por

Comala para desembocar en Antíbula. Allí me quede, volví con el primer libro de Fernando Aramburu sobre esta ciudad y se lo tendí.

- Los ojos vacíos –leyó- no tiene muy buena pinta. ¿Sobre qué ciudad trata?
- Sobre Antíbula –afirmé muy digno.
- ¿Dónde está?
- Debe estar cerca de Francia, aunque creo que está en Alemania, no lo puedo asegurar con certeza.
- ¡Vaya! –exclamó un poco más interesada- nunca había oído hablar de esa ciudad. Tal vez la traducción.
- Es posible, –dije rematando una cena que sólo podía separarse del calificativo de triste por escaso margen- a cenar.
- Ella observó con ojo clínico mis afanes culinarios y sonrió.
- Mañana tengo un par de entrevistas de trabajo –explicó con una sonrisa- luego prepararé la cena.

- ¡Mañana! ¡entrevistas!
- Ella afirmó mientras comía.
- ¿Cómo es posible?
- Levantó ambos hombros restándole importancia.
- Pero... –insistí.
- Tengo una profesión de interés –afirmó sin mirarme- no es difícil encontrar trabajo, otra cosa será conseguir un sueldo digno, porque en este país se paga poco, muy poco.
- Oh si yo te contara –dije haciendo un gesto que provocó su risa.

Era una risa cantarina y muy bonita, toda su cara se alegraba cuando reía y desde ese momento me hice el firme propósito de hacerla reír todo lo que estuviera a mi alcance, que sería bastante poco, puesto que como ustedes han podido comprobar, si han tenido la paciencia de llegar a este punto, soy persona triste a más no poder.

Encontró trabajo, en un tiempo que consideré insultante, para mayor escarnio su sueldo duplicaba el mío y supuse, en un acto de fe solemne, que trabajaría menos y no tendría que soportar a un energúmeno por jefe.

El segundo día que trabajó volvió a casa bufando, y digo bufando porque fue así literalmente. Entró en la vivienda y bufó con mucha fuerza, dejó caer con desprecio una cartera que parecía pesada y la golpeó con el pie. Volvió a bufar y de un bolsillo de la chaqueta sacó un móvil que siguió el mismo sendero que la cartera. Dejó todo en el pasillo y fue al baño.

Estaba leyendo mi última adquisición. Mis penurias económicas me permitían adquirir un único libro al mes. Por ello ponía especial cuidado en adquirir algo especial. Tardaba en decidirme y a veces erraba de firme. Gracias a errar mucho había decidido no leer crítica literaria ni seguir amables consejos y guiarme únicamente por la intuición.

Dejé con cuidado el libro y me acerqué a observar la cartera, la tomé y la recogí y

recompuse el móvil, pese al golpe recibido sólo había perdido la carcasa y seguía mostrándose disponible.

La cartera pesaba, lo dejé todo sobre la mesa y volví a mi sillón.

Salió del baño y cuando volvió y observó la cartera y el móvil sobre la mesa volvió a soltar un fuerte bufido.

- ¡Es el colmo! –exclamó elevando la voz- no sólo pagan poco sino que además pretenden que esté de guardia. ¡Es indignante! ¿Qué lees?

Le tendí el libro y sólo con ver la portada negó con la cabeza.

- Tengo grandes esperanzas en este libro –expliqué- me costó mucho decidirme.
- No creo que sea muy difícil elección – afirmé y aproveché para explicarle como elegía un libro al mes y lo costoso y esforzado que resultaba dicha elección- ¡¡sólo uno al mes!!

Asentí.

- En cuanto cobre te regalaré dos –afirmó asintiendo muy seriamente.

Tras el fin de semana, un lunes a media tarde comenzó a sonar el móvil, una música estridente inundó toda mi casa. Ella corrió a esconderse al baño y me quedé delante del móvil, dudando si cogerlo o no.

Al fin lo cogí.

- Hola, llamo de sala –explicó una voz masculina que se percibía joven- es la guardia de comunicaciones.
- Creo que sí, un momento –dije dirigiéndome presuroso a la puerta del baño donde llamé- es para ti, del trabajo.
- ¡Cuelga! –ordenó tras la puerta- no pienso atender ninguna llamada.

Acompañó estas palabras de sonidos guturales y de esfuerzos.

- No puede atenderle en estos momentos –expliqué al hombre que aguardaba tras

el teléfono.

- ¿Cómo que no puede? –preguntó la voz al móvil.
- Esta ocupada –respondí con voz más firme.
- Tiene que atenderme, insista –ordenó con urgencia.
- Insisten.
- ¡No puedo! –detalló acompañando las palabras con esfuerzos que supuse evacuatorios.
- No puede, confirmado –expliqué al hombre del móvil- llame un poco más tarde.
- No puedo esperar –dijo tornando la voz a mostrarse temblorosa- ¡es cuestión de vida o muerte!
- No será tan dramático –razoné.
- Para usted no, pero yo me juego mi puesto de trabajo, vivo en la cuerda floja

y sólo aguardan la ocasión de prescindir de mí. Por favor –pidió suplicante-socórrame.

No me importó la voz suplicante, ni el tono de angustia que trasmitía el interlocutor, lo que me decidió fue la expresión, el uso del verbo socorrer. Algo ya perdido pero que a mi mente vino una situación con tintes dramáticos y, sin ningún lugar a dudas, épicos.

- Aguarde –hablé al teléfono y me dirigí a la puerta del baño- precisan de ti, no puedes dejarlo en la estacada.
- ¡Que te diga que ocurre! –exclamó con voz quebrada por el esfuerzo.
- ¿Qué ocurre? –pregunté al móvil.
- Hay un fallo, no llegan los movimientos – afirmó sin dejar de usar el tono dramático, palabras que repetí a la persona que se hallaba tras la puerta del baño.
- ¿Qué movimientos, que fallos, qué máquinas? ¡Oh my God! –exclamó tras la

puerta- ¡que inutilidad!, deberían de echarlo por torpe.

- Necesitamos saber qué movimientos, qué fallos da y sobre que máquinas – expliqué traduciendo sus palabras a lenguaje corriente y evitando los exabruptos que temía provocaran llanto al otro lado del móvil.
- Movimientos de confirmaciones de entrega.
- Confirmaciones de entrega –transmití al otro lado de la puerta.
- Eso esta mejor –razonó haciendo un gran esfuerzo.
- ¿Qué más? –pregunté al móvil.
- No entra ninguno, nada, nothing – respondió la voz al móvil.
- No entra nada –dije resumiendo al otro lado de la puerta.
- Es lógico –añadió interrumpiéndose a mitad de las palabras- que te diga sobre

que máquina, origen y destino.

- Necesitamos saber que máquinas son las implicadas, el origen y el destino – urgí sin saber siquiera de que estaban hablando.
- Es el cuatrocientos –sentenció la voz del móvil.
- El cuatrocientos, hay está el problema – expliqué a la puerta.
- ¡Hay seis que te diga cual!
- ¿Cuál?
- El –respondió la voz al teléfono seguida por letras que olvidé, como entendió que no llegaría a comprenderlo, resumió– producción Madrid.
- El de producción de Madrid –detallé al otro lado de la puerta.
- Son los canales mq, que compruebe el gestor de canales –dijo interrumpiendo las palabras con otro esfuerzo acompañado de un gran resoplido.

- Comprueba los canales mq –ordené como un loro al móvil.
- ¿Y eso como se hace? –preguntó el hombre del móvil.
- ¿Cómo se hace eso? –inquirí a la puerta siendo respondido por un fuerte bufido.
- ¡Inútiles! –bufó tomando una pausa –como es posible!, quien me habrá iluminado para tomar este trabajo.
- ¡Concéntrate!, así no podremos solucionarlo –la urgí.
- Bien que entre en el cuatrocientos y ponga esto –explicó diciendo un montón de palabras que no memoricé.
- Entra en el cuatrocientos –ordené con voz de urgencia llevado al nerviosismo por la situación.
- Ya estoy –respondió la voz presurosa al otro lado del móvil.
- Repite, –dije hablando a la puerta que soltó una buena cantidad de palabras

que no entendí- no entiendo nada.

- Whisky, roger, kilo...-comenzó con un fuerte esfuerzo.
- Pero que estás diciendo de whisky – repliqué un poco nervioso.
- W de whisky, r de Roger, comprendes – explicó con claro tono de enfado.
- Comprendo –exclamé al teléfono- whisky, roger, kilo.
- ¿Qué? –preguntaron al otro lado del móvil.
- W de whisky, comprendes, r de Roger.
- ¡Ah vale! –exclamó, percibiendo el sonido del teclado- ¿qué más?
- ¡Más!
- Whisky, roger, kilo, mike, quebec, mike y le de a enter.

Repetí las palabras mientras al otro lado tecleaban.

- Sale inactivo –informó al otro lado de la línea.
- Sale inactivo –declaré a la puerta.
- ¡Que lo arranque con un catorce! – exclamó con voz de enfado.
- Arráncalo con un catorce –expliqué al móvil.
- Hecho –afirmó con rapidez- ¿con eso vale?
- ¿Vale ya? –pregunté a la puerta.
- Ahora hay que arrancar los canales mq, hay que poner whisky, roger, kilo, mike, quebec, mike, Charly, hache y lima.

Repetí todo ello al móvil mientras escuchaba como teclaban al otro lado.

- Una vez en esa pantalla –detalló provocando un fuerte esfuerzo con un suspiro de remate- arrancar los canales prod, son dos, ambos sender.
- Hay que arrancar los canales prod son

dos sender –aseguré mientras asentían al otro lado.

- Ya está –replicó al otro lado del móvil.
- Ya está.

Hubo un gruñido fuerte tras la puerta del baño.

- ¡Ya esta!, –clamó- ¡ahora sí que está!
- Con eso vale ¿no?
- ¡Ah!, eso –habló con mejor humor- ahora que compruebe si entran movimientos.
- Tienes que comprobar si entran movimientos –ordené al móvil.
- Aguarde un momento –pidió al otro lado del móvil.
- Van a comprobarlo –dije a la puerta y escuché como el rollo de papel higiénico corría y se cortaba en pequeños pedazos.
- ¡Ya esta solucionado! –exclamó la voz al móvil- muchas gracias.

- No hay de que –repliqué sonriendo.
- Gracias amigo –sentenció la voz del móvil cortando al instante.
- Ya esta solucionado –informé con alegría a la puerta, esta se abrió y salió con una gran sonrisa.
- Me has ayudado mucho.
- Fue difícil, parecía que hablábamos en chino –expliqué moviendo el móvil.
- No me refería a eso, sino a ¡esto! – exclamó señalando con el pulgar sobre su hombro hacia el baño.
- Bueno –aseguré riendo- al menos he ayudado en algo.
- Sufro de hace mucho de estreñimiento y parece mentira pero me has hecho olvidar los dolores –explicó con una buena sonrisa.

A partir de ese momento cada vez que había alguna llamada al móvil de guardia, ella acudía presurosa al baño y allí se encerraba.

Escuchaba lo que me decían y a partir de la cuarta llamada fui capaz de dar instrucciones precisas sobre cómo resolver los problemas.

Ella gustaba de estar en el baño, a veces permanecía allí durante horas, leía, escuchaba la radio, trajinaba con el ordenador o hacía mil cosas. Comprendí que era su espacio y en aquel reducido habitáculo se sentía segura. A veces cuando venía de un humor negro se encerraba a oscuras y permanecía allí durante tiempo indefinido, sólo conseguía que saliera tras muchos ruegos y peticiones.

Siempre que tenía esos arrebatos de mal humor y se encerraba a oscuras, cada vez que salía a la luz decía lo mismo.

- Estoy harta de esta ciudad, ¡pronto me iré!

A la cuarta vez no pude reprimirme más y pregunté.

- ¿Por qué dices eso? ¿A dónde vas a ir?
- A cualquier lado –respondió con furia y dejé de preguntar más, cuando quería

era muy clara en su manera de hacerme ver que no iba a hablar más sobre ello.

Era para mí todo un dilema, no la comprendía y se mostraba tan reservada que era imposible entenderla. Una noche llegó tarde del trabajo y ebria, declaró con un gesto con la cabeza que no estaba para conversaciones.

- Too whisky on the Rock's.

No era un experto en inglés pero comprendía de sobra la frase.

Enfurecido me fui a la cama. No comprendía nada de ella y ello me provocaba una fuerte angustia.

Al día siguiente me levanté a la misma hora que todos los días, pese a que era sábado, y seguía nervioso e irritado. Era un bonito día por lo que decidí ir a pasear al Retiro. Allí dando un largo paseo mis ideas se aclararon, el enfado cedió ante el buen tiempo y si bien no llegué a una conclusión clara sí volví con una sonrisa en los labios.

Ella me aguardaba con mala cara, las ojeras

imperaban en su rostro y tenía un rictus de contrariedad.

- ¿Dónde estabas? –preguntó mirándome con cara de pena.
- Fui a dar un paseo al Retiro, un parque muy bonito.
- Podías haberme avisado –replicó con tono de reproche.
- No pensé que tu estado te lo permitiera – retruqué sin prestar mayor atención y siendo respondido por un bufido.

Por la tarde me preparé para salir, tenía un compromiso liguero ineludible.

- ¿A dónde vas ahora? –preguntó desde el sofá donde se hallaba en posición supina.
- Al fútbol –afirmé con una sonrisa.
- ¡Al fútbol!
- Si claro, cada dos fines de semana.
- ¿Pero....?

- La única herencia que me dejaron mis padres fue una afición, desde muy pequeño soy socio de un equipo de futbol, de aquí del barrio.
- ¡Cuenta! –pidió tomando interés y sentándose.
- Poco hay que contar, estás ante el socio 512 del Rayo Vallecano de Madrid – expliqué con orgullo.
- Rayo vaya nombre, ¿pero es conocido?
- Mucho, militamos en segunda división y nuestros valores fundamentales son ampliamente conocidos en todo el continente –respondí con el pecho henchido de orgullo.
- No tienes pinta de gustarte el futbol.
- Me gusta, verlo en directo, en la televisión se pierde la magia pero en el campo sí. Llevo yendo desde que tengo uso de razón, no recuerdo un domingo o un sábado divertido sin recordar al Rayo. ¿Vienes?

- No me gusta mucho el futbol, embrutece a la gente –afirmó aunque por su rostro adiviné que nunca había ido a un estadio de futbol.
- Te compraré pipas –aseguré con mi mejor sonrisa.
- ¡Ah!, pero se pueden comer allí.
- Claro, sin pipas no hay buen partido.
- ¿Y las cáscaras?
- ¡Al suelo!, pura barbarie –afirmé aguardando.
- Iré, es la primera vez que voy al futbol.
- Sólo pongo una condición.
- Escucho.
- Nada de explicaciones, el aprendizaje debe ser lento, primero quédate comiendo pipas y observando, poco a poco irás comprendiendo las reglas.
- No tiene pinta de ser muy divertido.

- Eso lo decidirás después.

Fuimos al estadio, quedaba cerca de mi casa y podíamos ir andando. Cuando llegábamos lamenté mi ofrecimiento, el precio de la entrada daba al traste con mi próxima adquisición literaria pero tras unos momentos de duda, di por bueno el dispendio.

Sabía que se aburriría por lo que la proveí de abundantes pipas.

Me gustó mucho su cara cuando accedimos al campo, allí lo primero que te llega es el olor a hierba mojada y luego, al poco, percibes la cantidad de ruido que hay en un estadio. Llegamos pronto, aún no se había ni completado la cuarta parte del aforo, solemos tener una media entrada durante toda la temporada, pero ya con esa cantidad de gente y la música atronando es difícil hacerse oír.

Ella miraba pasmada a todas partes, por un momento cerró los ojos y aspiró fuerte, comprendí que acababa de recordar un olor y esperaba que le ocurriera como a mí, siempre que huelo la hierba mojada o recién cortada

recuerdo el estadio.

Tomamos asiento y mis compañeros de abono, quienes llevaban sentándose en los mismos lugares desde hacía años, la observaban y me sonreían. La dejé allí sentada mientras el estadio se iba llenando y procedí a hablar con los vecinos de asiento sobre las novedades del partido y de nuestro equipo.

El estadio se iba llenando, el campo del Rayo se llena muy tarde, la gente vive muy cerca, puesto que el estadio está en mitad del barrio, y los espectadores demoran su llegada hasta el último momento.

Cuando los equipos entraron al vestuario tras el calentamiento comenzaron a escucharse los aplausos y los gritos de ánimo.

Ella miraba a todas partes, un tanto confusa, tenía en una mano la bolsa con las pipas y observaba como una niña pequeña a todos los lados.

Cuando los equipos salieron, maldita costumbre han tomado de salir ambos equipos al mismo

tiempo para así evitar los pitos al equipo contrario, con lo divertido que es esa situación, el estadio aplaudió y como ya gozaba de buena entrada el ruido se hizo ensordecedor.

Antes de colocarse para el partido los equipos posaron para una foto y cuando hubieron terminado se dirigieron a su campo y prosiguieron calentando. Ella miraba todo con ojos muy abiertos y una sonrisa en los labios.

El árbitro dio el pitido inicial y todos nos sentamos. Ella miraba anonadada a todas partes y cuando comprobó que un vecino de asiento sacaba una buena bolsa de pipas y comenzaba a comerlas con fruición, ella sonriendo me dio un codazo y señaló al vecino. Le hice el gesto de comer y de estar atenta, asintió y abrió la primera bolsa.

Durante todo el partido no hizo otra cosa salvo comer pipas, no debía entender mucho de fútbol porque cuando marcamos el primer tanto sólo hizo un pequeño mohín al ver la gente levantada.

Cuando tras una jugada considerada falta por

todo ser humano con un dedo de conocimiento, pero que el árbitro se empeñó en no señalarla todos nos levantamos e insultamos de la manera más soez y procaz posible tanto al árbitro como a sus familiares más cercanos, ella nos miró asombrada y prosiguió comiendo pipas.

Sólo le llamaron la atención unas niñas que ajenas a todo jugaban a las muñecas mientras sus padres se desgañitaban insultando al colegiado. Eran socios de mucho tiempo y siempre acudían los dos con sus dos hijas, las niñas se mostraban ajenas al fútbol mientras los padres se comportaban como salvajes durante dos horas.

No puedo hablar mucho de los demás puesto que yo era de los peores, perdía los estribos con facilidad y me daba un ardite considerar las barbaridades que salían de mi boca, en su gran mayoría dirigidas al árbitro, aunque también tenía un recuerdo afectuoso hacía los familiares de los jugadores contrarios, a los que no descuidaba en mi atención.

Fue un partido bonito vencimos con facilidad, 3 a 1, pese a ser un partido fácil de arbitrar, el colegiado se empeñó en salir bastante insultado y el público se aplicó a ello con intensidad.

Cuando el susodicho pitó el final, con tres pitidos todos nos levantamos y aplaudimos.

- ¿Te ha gustado? –pregunté aplaudiendo.
- Mucho –afirmó terminando las últimas pipas.
- Buen partido.
- Necesito beber algo fresco, tengo los labios cortados de tanta sal –dijo momento en que le miré a los labios y los tenía hinchados.
- Ahora vamos.

Allí sentados en una barra y tomando una cerveza fría llegué a la conclusión que había sido incapaz de alcanzar durante el día.

Su compañía en el fútbol, si bien silenciosa, compañía, me había hecho ver lo solo que estaba. Ya era consciente de ello, puesto que siempre estaba solo, pero no era la soledad de hallarse uno solo, sino la soledad más trascendente, la que te dice que no puedes hablar ni compartir nada con nadie.

Ella no era una persona muy habladora y nada expresiva, apenas hablaba y mucho menos se confiaba a nadie, pero tenerla a mi lado me hacía sentirme bien. Era como volver a estar dentro del género humano.

Allí, sentado en la barra y saboreando una cerveza bien fría, llegué a la conclusión. No importaba como fuera ni si iba o venía, pensaba disfrutar de su presencia mientras se me permitiera, era un regalo del cielo o de la vida misma y pensaba degustarlo todo el tiempo posible, mientras ella permanecería a mi lado, y si quería partir que lo hiciera, nada de trampas

con libros sobre ciudades inventadas ni atarla con un fino cordel de reproches, ella debía de ser libre puesto que cuanto más libre fuera más lo sería yo y más disfrutaría de su compañía.

- ¿Mejor? –pregunté sonriendo.
- Mucho mejor, ¡qué gran atracón de pipas!
- Cierto, no había visto a nadie comer tantas –afirmé riendo.
- Estaban deliciosas –exclamó con un mohín y apurando la cerveza, acto que aproveche para imitarla y pedir otra ronda- por cierto vaya cambio que has dado, te has comportado como un loco peligroso.

Hice un gesto de disculpa que quería decir claramente que lo volvería a hacer de nuevo.

- El futbol saca lo peor de los humanos – reconocí sin por ello pretender disculparme.
- No tenías aspecto de ponerte así. Ha

habido momentos que creía te iba a dar una apoplejía.

- Cualquiera día me la dará. Mis vecinos de abono serán los únicos que me echarán de menos cuando muera.
- ¿Alguien habrá? –preguntó con un tono que hacía dudar de sus palabras.
- No lo creo, aunque si te digo la verdad me es indiferente, con la vida que llevo no creo que fuera a perder en demasía.
- Pero....-dijo mirándome asustada y rehaciéndose al poco- ¡cuéntamelo todo!
- Ni lo sueñes, antes de hablar deberé escuchar, creo que tienes una buena historia que contarme –afirmé señalándola con el dedo.

Ella negó con la cabeza pero era una negativa poco sólida, aguardé saboreando la cerveza mientras ella se decidía.

- No sé cómo empezar –respondió con la mirada plagada de angustia.

- Por el principio –dije sin piedad.
- ¡Qué más da! Estoy aquí y quiero escuchar lo que quieras contarme, no es suficiente con eso.
- Si no quieres contarme nada no lo hagas. Pero me gustaría saber de ti, conocerte, saber que te mueve, como diría Malraux.
- ¿Ese quien es?
- Un tío loco que escribió un libro muy bueno.
- ¿Y qué decía?
- Decía, conoce su dolor y conocerás al hombre.
- Pues vaya genio –respondió soltando un pequeño bufido.
- El genio fue decirlo en primer lugar – expliqué pensando en aquel libro que tanto había sido alabado y que ahora apenas era leído y quedaba olvidado y postergado por todos.

- No sé si quiero que me conozcas, sabes que partiré pronto, mejor sería dejarlo así, háblame de ti. ¿Por qué estas tan solo?
- ¡Uff! –exclamé suspirando- debería de contarte toda mi vida.
- No tengo prisa –detalló con una sonrisa coqueta pero atenta a mis palabras.
- Nunca he sido muy amigable con el resto de personas, siempre he sido un poco arisco, he ido a mi rollo, como se dice aquí en Madrid. Pero todo se complicó cuando mi novia se fue con otro. Ella en un alarde de buen juicio me dejó, con la casa medio comprada y se esfumó. No le reprocho nada porque sé que hizo lo correcto.
- ¡Pero cómo puedes decir eso! –exclamó alarmada.
- Es cierto, soy aburrido y ella era vital a más no poder, encontró alguien que la hacía sentir mejor que yo y se marchó,

así de simple.

- ¡Que poco te consideras!
- Es de justicia, no podía competir con él, era guapo, divertido y supongo que un amante competente, ante esas armas no podía ganar y decidí lo mejor para todos, la invité a marcharse.
- ¿Así de sencillo?
- Así de sencillo. Una tarde me enteré que ella me engañaba, lo fui a saber de una manera un poco engorrosa, por llamarlo de alguna manera, cuando se lo pregunté ella no lo negó, me sonrió y me dijo que se había dejado llevar, el otro la llenaba de alegría y así compensaba la pena que yo la transmitía.
- Vaya.
- Le dije que se fuera, ella obedeció y se fue. Así me quede con una casa demasiado grande para mí.
- ¿Amigos?

- ¡Oh esos se fueron tras ella! Mis queridos amigos del alma habían estado al tanto de todo y fueron tan buenos amigos que me lo ocultaron por no hacerme sufrir, como puedes comprender los mandé a la mierda. Uno de ellos sigue llamándome al trabajo e insiste en vernos, pero no le hago caso.
- Ponte en su lugar.
- Me puse y llegué a la misma conclusión que con mi exnovia, para tener amigos así mejor me quedo solo.
- No me refiero a eso, es una situación difícil, saber que aprecias a alguien y que si hablas le vas a hacer daño, ¡no es fácil! –explicó ella con la caña en la mano y asintiendo con la cabeza.
- Cada cierto tiempo debemos de hacer una poda en nuestra vida, yo hice una poda radical.
- Demasiado radical.
- No lo creo, he pensado mucho en ello,

como puedes imaginar, si no era lo suficiente bueno para tener una mujer a mi lado, debía asumirlo, no podía competir con otro, para qué iba a tener nada. En esta vida unos han nacido para tener y poseer otros para no tener nada, ser menesterosos.

- ¡Oh my God! –exclamó con la boca abierta- ¡eres un talibán de ti mismo!
- Ni mucho menos, soy objetivo, recuerda que paso mucho tiempo solo y eso me ha dado tiempo de comprenderme, conocerme a fondo y ser consciente de mis limitaciones. Fue difícil asumirlo pero cuando lo haces te quitas un gran peso de encima.
- No creo que hayas tomado unas buenas decisiones –admitió con rostro muy serio- gracias a ellas te encuentras solo.
- Todos estamos solos, es únicamente una cuestión de matices. En el fondo quería ser otra persona y ser de otro modo, me hubiera gustado ser alguien arrojado y

valiente, un viajero pertinaz pero soy lo que soy, tengo demasiado miedo para lanzarme a nada y permanezco aquí aguardando que todo acabe. Cuando volvamos a casa recuérdame que te lea algo de Rousseau.

- Y yo que pensaba que estaba sola – afirmó negando con la cabeza.
- Hay una fábula española del conde Lucanor que viene al caso.
- A ver.
- Era un hombre noble y rico que perdió todo, se hallaba en un estado de miseria total y sólo tenía para comer altramuces.
- ¿Al qué?
- Altramuces, un pequeño tubérculo con cáscara amarga. Él lloraba y lloraba mientras los comía, pero cuando paró un poco de llorar escuchó a su espalda otro llanto, era otro pobre que lloraba comiendo las cáscaras de los altramuces.

- Podías haberlo resumido diciendo que siempre hay alguien peor –explicó en un ataque de sensatez.
- Pero si lo hubiera hecho no te hubiera hablado del conde Lucanor.

Ella bufó con fuerza.

- ¡Nada de Rousseau! –exclamó con un deje francés muy elegante- temo tus historias, son todas depresivas.
- Esa es inexcusable, sí no te la contara permanecerías toda la vida buscando la frase y Rousseau escribió lo suyo.
- Bébetelo eso, me has creado necesidad de whisky.
- Vayamos a otro lado –anunció apurando la cerveza.

Tras tres whisky's on the Rock's la notaba con la mirada un poco extraviada, arrastraba algunas sílabas y era evidente que se sentía eufórica.

- Somos culpables de todo lo que nos pasa –afirmó acercando mucho su cara a

- la mía- sin quererlo lo provocamos todo.
- ¿Qué? –pregunté sin entender nada.
 - Cada ser humano gusta de unas cosas en particular, en eso estarás de acuerdo conmigo.
 - Lo doy por bueno.
 - Si nos gusta un tipo de persona, digamos un amigo imbécil por mucho que intentemos cambiar de amistades siempre nos atraerá ese tipo de amigo, ¿comprendes a dónde quiero ir a parar?
 - A duras penas.
 - ¡Qué obtuso eres a veces! –exclamó dando un buen tiento al whisky- imagina que me gustan los hombres con problemas, gente un poco desequilibrada y de carácter violento.
 - Bien.
 - Con gente de ese tipo siempre vas a tener dificultades, si no es en un momento será en otro. Probablemente

acabe harta del primero pero al poco tiempo volveré a encontrarme a otro parecido y me sentiré atraída por él. Es algo que llevamos muy adentro, sin quererlo siempre pecamos de la misma falta.

- Eso es determinismo –dije sonriendo.
- ¿Y eso qué es?
- Es una tendencia, bueno sería más apropiado decir una filosofía que dice que todo esta determinado tanto por nosotros como por nuestro entorno. También te podría hablar de la socio-biología.
- No te lées.
- Es muy interesante, dice que todo esta determinado por los genes, tal vez nos sentimos atraídos por ese tipo de personas porque genéticamente estamos predestinados a ello. ¿No te parece precioso?
- Ideal. Pero no tengo ahora mismo ánimo

para ponerme a pensar en determinismos ni en los genes.

- Imagina por un momento que ya estamos predestinados a comportarnos como lo hacemos, a ser un gilipollas o a ser un avaro, no te parece fascinante. Los genes buscan la preservación propia y han escogido caminos diferentes para conseguir perdurar, en el mismo bombo entraría un soldado heroico que el cobarde más ruin. ¡Todo lo marcarían los genes!
- Perdona pero me parece una solemne tontería, no sólo serán los genes será también al sociedad, el entorno, las decisiones propias.
- ¡Eh para ahí! que yo no soy el determinista.
- Pero... –exclamó negando con la cabeza- retrocedamos, quieres.
- Escucho –dije apurando el whisky y saboreándolo, ella tras observar mi gesto

llamó al camarero y con un gesto sencillo pidió otra ronda, ronda que terminaría con mi escasa lucidez de todas, todas.

- Pretendo explicarte como sin quererlo y sin poder evitarlo caemos una y otra vez en el mismo agujero. Somos muy reacios a aprender. Conozco muy poca gente que ante un problema repetido no vuelva a cometer los mismos errores. Te estoy hablando de relaciones personales porque si habláramos de relaciones laborales aún podría hablar más sobre lo tozudos que llegamos a ser. Tenemos tan dentro de nosotros mismas nuestras querencias que caemos en ellas de manera repetida y es algo tan intrínseco a nosotros mismos que por mucho que lo racionalicemos caemos y caemos.
- No quiero llevarte la contraria –razoné sonriendo- pero no estoy de acuerdo, reconozco que existe cierta atracción a polos opuestos, si tú eres simpático te atraen la gente seria, pero de ahí a determinar que tropecemos una y otra

vez en la misma piedra hay un mundo.

- Te puedo asegurar que es cierto.
- ¿Lo dices por propia experiencia? – pregunté provocando que ella asintiera posando su mirada en el vaso de whisky-fíjate, que curioso, con lo grande que es el mundo, teníamos que encontrarnos.
- ¡Fuiste tú!, con esa manía de acudir al aeropuerto.
- ¡Oh no lo digo por eso!, tú huyes de ti misma y de todo lo que te rodea – expliqué provocando que su mirada se dirigiera hacía mí con cierta admiración o al menos pensé que sería así- y para huir te dedicas a viajar, a cambiar de lugar, de trabajo, de vida, de todo, en cambio yo permanezco aquí con un miedo tremendo a hacer lo que tú haces por costumbre.

Ella calló y yo también, el alcohol daba ciertos momentos de lucidez como el que acaba de vivir, sin tener una idea clara había expuesto un

pensamiento que vagaba por mi mente y sin apenas pretenderlo lo vi todo claro y meridiano, el gesto de ella sólo hizo confirmármelo. Había acertado de pleno.

- No te apures –dije dándole un pequeño empujón con mi hombro sobre el suyo- suelo acertar bastante poco, tal vez el whisky me ha inspirado.
- ¿Por qué siempre te quitas méritos? ¡Vaya manía!
- No son méritos, ha sido una casualidad.
- ¡Ni de coña! –exclamó- lo tenías claro, tal vez no totalmente pero algo vagaba en esa cabezota.
- Vale, tengo una gran visión de los seres humanos, ahora cuéntamelo todo – afirmé con una buena sonrisa.

Se tomó una pausa, dio un buen trago a la bebida y sacó de su bolso un paquete de tabaco. Encendió con parsimonia el cigarro y no dejó de mirarme durante toda esa operación. Asintió.

- Huyo porque me conozco, he sufrido varias decepciones y no creo poder soportar más, sabes, todos tenemos un cupo de disgustos, cuando llegamos al límite nos deja de importar todo y yo estaba llegando a llenar mi cupo. Cuando me confío caigo en los mismos errores, una y otra vez, no lo puedo evitar, siempre considero que esta vez será diferente que mis amigos o mi amante no será igual que el anterior y descubro, al poco, lo profundamente equivocada que estaba. Entonces tras un catastrófico disgusto decidí no volver a darme la posibilidad de caer en semejante error, cada vez que considero que algo me ata a una ciudad o a unas personas rompo amarras y parto a todo correr, es indiferente el lugar o el país, lo importante es alejarme.
- Te has dado cuenta de la contradicción en la que caes –argüí en otro ataque de lucidez ética.
- ¿Contradicción?

- Si dices que tienes un cupo de disgustos y para no rebosarlo partes, abandonas todo y huyes, eso en primer lugar es todo un disgusto, como el que tenías cuando te vi en el aeropuerto...
- Aguarda ahí un momento cowboy – replicó con gesto grave- en el aeropuerto lloraba por mí no por los demás, es triste tener que renunciar a todo para evitar daños mayores, era sólo por eso.
- Insisto, la contradicción es evidente –dije intentando hacerme oír levantando un poco la voz por encima de la suya- dices lo del cupo de disgustos y para no llegar a rebosarlo partes, conforme –ella asintió- pero si conjeturas que tras muchos disgustos te dejaría de importar todo porque partes, es igual quedarte o irte, lo importante es estar viva, sufrir, querer, llorar, sentirte viva vamos, así lo único que haces es alejarte de poder vivir.
- En eso estás en un error, te lo explicaré

de otro modo, tengo formación académica de ciencias, bueno ya lo sabes, en informática, en la universidad nos enseñan con pequeños anagramas, una línea toma dos pasos, hacía arriba y hacía abajo, si no funciona la de arriba hay que dirigir el programa a la de abajo y el programa se va abriendo a pequeñas decisiones. La vida es igual, tomamos un camino eligiendo entre varias opciones, si no es correcta la opción volvemos al punto de inicio o hacía otro ramal de la línea.

- Eso es demasiado para mí –afirmé bufando como hacía ella, pero ella no desistió de su intento y sacó de su bolso una pequeña libreta y un bolígrafo, escribió líneas y me explicó el significado de sus palabras.
- Es lógica, es como un silogismo, si a no vale probar b, así avanzar o bien retroceder hasta el comienzo.
- Eso de lógica no tiene nada, es una

opción.

- Como que no tiene lógica, ¿qué es para ti la lógica?
- Mañana te lo digo –respondí tomando un buen trago de whisky y dejando vagar mi mente sobre la lógica y su significado.
- Te sienta mal la bebida.
- Hacía mucho no me daba un homenaje – expliqué con la mirada pérdida en un lugar lejano donde nada se movía tanto como lo hacía ahora todo en mi cabeza.
- Mañana hablaremos de lógica.
- Después de tratar un pequeño asunto con el señor Rousseau –aseguré provocándola a la risa que tanto me gustaba.
- Como te decía, toda nuestra vida esta plagada de pequeñas decisiones, sin ellas no seríamos nada, cada paso que damos esta plagado de pequeñas conjeturas, cuando llegas a un punto

caliente, debes de tomar una decisión firme y yo la tomé, no creo que haya contradicciones, era continuar y vivir amargada o marchar y comenzar de nuevo.

- Ya, pero tú has dicho que no te permites comenzar de nuevo.
- ¡Es cierto! –exclamó asintiendo- tal vez tengas razón, ¡joder no vuelvas a beber!, se me embota la cabeza y te aprovechas.
- Ni mucho menos, sé porque lo haces –relaté tocándola la espalda- no te apures, lo comprendo.
- ¡Qué vas a saber!
- Sé del miedo, de la pena, soy un experto en todo eso, llevo años regodeándome en ella –reconocí.
- ¡Ahora me dirás que me comprendes! –exclamó con rabia.
- ¡Ni mucho menos!, no entiendo nada,

para comprenderlo debería de estar dentro de tu cabeza, pero sé de lo que sentimos, sé de la soledad, del miedo a fracasar, sé de la amargura, sé de muchas cosas de las que no debería tener ni idea, pero las sé. Fíjate qué curioso no tenía la menor esperanza de que algún día me valiera para algo haberlo pasado tan mal pero ahora mira. ¡Que puñetera es la vida!, ¿verdad?

- ¡El puñetero –exclamó pronunciando mal la ñ- eres tú!
- Vivir en soledad tiene estas ventajas, te permite todo el tiempo del mundo para pensar en tonterías –razoné provocando la risa de los dos.
- ¿Y que se hace para solucionarlo? –preguntó.
- Sé lo que se siente pero no sé cómo arreglarlo, si lo supiera no me hallaría en semejante estado. Puedo hablarte de cómo vivir con ello pero nada más.

- Vaya consuelo.
- Creo que el consuelo vive en otra ciudad –afirmé riéndome de mi propia tontería.
- Al menos no me has dicho la tontería esa de enfrentarte a tus propios miedos, eso me servirá de consuelo.
- No lo he dicho porque lo considero una solemne gilipollez, el miedo se vence con conocimiento no con más miedo.
- Ahora entiendo porque no sales –dijo apurando el vaso de bebida y haciendo el gesto de otra ronda- estas conversaciones pueden ser mortales.

Un día volvía del trabajo, harto de todo, con unas ganas terribles de ir al aeropuerto, pero acción que no ejecuté por volver a casa y encontrarme con ella.

Mi humor había variado mucho en los días anteriores, tener la sensación de encontrar a alguien a mi regreso a casa, me agradaba y me daba la sensación de estar permanentemente acompañado.

Sabía que ella partiría, podría tardar más o menos, pero se alejaría, ese día volvería a devolverme a mi realidad, a mis días solitarios y a mi miseria, pero lo había aceptado, pagaría el precio, fuera el que fuera. Desde que había entrado en mi vida, con sus maneras hoscas, sus silencios eternos y su presencia que evocaba más soledad que la compañía que daba, me había dado cuenta de lo errado de mi comportamiento, no se podía vivir solo, cada día en soledad era una pequeña derrota que se iba agrandando conforme pasaban las semanas. Pero una cosa era saber en lo que se ha errado y otra muy distinta tener capacidad para tornarlo a nuestro favor. Ahora mismo, tras años de

soledad, no sabía como rodearme de gente, no sabía como retomar una amistad o como entablar una nueva, me sentía frustrado por mi propia inutilidad y daba vueltas y vueltas sin encontrar remedio.

Si los pensamientos son como las digestiones, la mía equivalía a un cocido madrileño, necesitaba días y días para comenzar a digerir algo y más tiempo aún para volver a tener hambre.

Sabía que había comenzado una nueva etapa, me hubiera gustado decir, de manera poética, que sobre las ruinas de mi soledad iba a construir mi nueva vida, pero sólo sabía que existían ruinas humeantes y desconocía totalmente que iba a construir y si sería capaz de levantar siquiera un tabique.

Esa nueva etapa me llenaba de zozobra y de miedo, pero el paso estaba dado y sólo era cuestión de dar el segundo.

Cuando llegué a casa la encontré acompañada, había traído una amiga que me presentó.

Me agradó, era de rostro armonioso y formas de mujer contundentes. En su aspecto se parecía a ella y cuando me dirigió una mirada comprendí que su parecido no era sólo en el aspecto de su ropa sino en el temperamento. La segunda mirada que me dirigió estaba llena de hostilidad y de cierta acritud, mirada que desdeñé como ya tenía por costumbre.

- Es de Canadá –informó ella con un mohín.
- ¡Gran país! –exclamé sonriendo- muy interesante eso de la hoja de arce es todo un acierto. Sabíais que los galos, de la época de los romanos, usaban las ramas de arce para realizar flechas, son de una extrema dureza.
- ¡Te lo dije! –exclamó ella muy complacida mirando a su amiga.
- Es sorprendente –replicó la canadiense sin una nota de acento.
- ¿Qué es sorprendente? –pregunté aturdido.

- Di algo más –animó ella a la canadiense.
- Ahora no lo hará, está sobre aviso –dijo la canadiense ignorándome por completo y provocando que me sintiera como un insecto siendo observado bajo una lupa de mil aumentos.
- ¿De qué habláis?
- Inténtalo –pidió ella con firmeza.
- Venga –afirmó la canadiense asintiendo y mirándome, momento que aproveché para dejarlas y fastidiarlas el entretenimiento, fui a la cocina y me senté mientras escuchaba como cuchicheaban.

Tardaron unos minutos, tras ellos vinieron a mi encuentro, las miré con gesto de contrariedad.

- No te enfades –pidió ella- sólo quería demostrarle tus cualidades.
- ¿Cualidades? –pregunté.
- Tienes gran capacidad para asombrar con datos absurdos –contestó

provocando mi indignación.

- ¡Algún insulto más! –exclamé muy enfadado.
- No es un insulto es una capacidad muy divertida. Tienes una mente ordenada, vas almacenando datos relacionándolos de manera muy curiosa con otros. Algunos son absurdos pero tienen algo de divertido.

Callé puesto que no sabía que decir.

- Mi amiga no creía que fueras capaz de sorprenderla y lo has hecho, es algo de mucho mérito.
- Me alegro –afirmé comprobando como mi enfado se iba esfumando.
- He hablado a mi amiga de nuestra expedición futbolística y se ha animado a venir con nosotros –explicó sonriendo y sabiendo que así hacía conmigo lo que quisiera.
- ¡Lo siento! –exclamé mirando con pena a

la canadiense- mi presupuesto para festejos se agotó tras la tercera ronda de whisky. Hasta el mes que viene no podré invitaros. Os puedo dejar mi abono pero sólo podrá pasar una.

- Si es por eso, ¡no hay problema! –replicó la canadiense sonriendo.
- ¿Por qué no habías dicho nada? Vivo aquí, compartiré gastos –anunció ella asintiendo con fuerza.
- No era mi intención compartir gastos, te invité porque me apetecía, nada más, no preciso de nada.
- ¡Como que no! –renegó ella- es justo que colabore.

Hice un gesto de indiferencia que provocó que la canadiense sonriera.

- Lo ves –dijo ella mirando a la canadiense.
- No lo hubiera creído –explicó la canadiense mirándome con una buena

sonrisa- parece mentira.

- ¡A que sí! –exclamó ella con fervor.
- ¡Eh!, que estoy aquí –afirmé moviendo un poco las manos para hacerme ver.
- Ya te vemos –respondió la canadiense- me tienes muy sorprendida.
- ¡Ah! pues no has visto nada –asegué devolviendo la sonrisa.
- No creo que seas capaz de sorprenderme mucho más –razonó asintiendo de igual manera que hacía ella, comprobé en ese momento que se parecían hasta en sus mohines.
- Vamos a dar un paseo –pidió ella y fuimos a pasear.

Estuvimos paseando hasta la hora de la cena, en un silencio espeso, parecía mentira pero ninguno de los tres encontró nada que decir durante una hora. Hubo un momento que fue delicioso, paseábamos cerca de las vías del tren, allí había un parquécillo lineal que corría

paralelo a las vías, el día declinaba y sobre un cielo anaranjado vi llegar un tren de cercanías, probablemente era un momento ordinario pero me resultó de una belleza ineludible, en especial el contraste entre máquinas, obras humanas y el anaranjado del cielo, tan natural.

La canadiense se despidió con un sencillo, adiós, cuando volvíamos y se dirigió a un coche, allí mientras ella y yo la observamos arrancó y se marchó haciendo gran ruido de neumáticos.

- ¿De donde la has sacado? –pregunté oliendo la goma quemada.
- La conocí tomando un café –respondió ella sonriendo- no se cómo pero nos miramos y sonreímos, a partir de ahí nos dimos cuenta de que nos llevaríamos bien.
- ¿Así de simple?
- Así de simple.

Pensé lo afortunada que era.

Recibí una inyección económica importante de

ella, sin apenas un gesto me entregó un sobre con dinero y sonrió, agradeciendo mi hospitalidad, en ese momento pensé que se marchaba y quedé como tonto mirando al vacío con el sobre en la mano. Pero ella no partió.

Las llevé al fútbol, ella se había provisto de pipas y algún refresco para el partido, con mucho criterio había elegido pipas sin sal. La canadiense acudió con una sonrisa y un aspecto de excursionista. Botas, pantalón vaquero y camisa amplia. Me pareció más agradable, cuanto menos cuidaba su vestir mejor aspecto tenía.

El primer problema llegó cuando fui a pagar las entradas, la canadiense se indignó y aseguró no permitir que yo pagara. Crecido por la inyección económica recibida no cedí y aseguré que pagaría yo, la compañía la iba a disfrutar yo y por lo tanto me sentía en deuda con ellas. Aún así, mi tono firme y mis palabras convincentes, la canadiense me obvió y aseguró no ceder. Tras varios intercambios verbales, en los que respondía de manera cortante, acordé con ella que yo pagaría las entradas y ella asumiría el

coste de las posteriores consumiciones. Me miró con gesto adusto y asintió.

Mis vecinos de abono se asombraron aún más, al llegar con dos mujeres y alguno me lanzó un guiño procaz, guiño que fue respondido con una sonrisa beatífica.

Fue un partido aburrido y tedioso, el equipo rival nos superaba en oficio y con un juego tosco pero efectivo impedía todo nuestro juego. Mi equipo tampoco se lució y parecía que nada salía bien. Ni siquiera el árbitro nos ayudó a pasar un rato agradable, el puñetero pitó con solvencia durante todo el choque.

Gracias al cielo, el equipo rival consiguió meter un gol, un grupo de hinchas del equipo rival, colocados estratégicamente lejos de nosotros, animó con fuerza y respondimos con una buena pitada. El árbitro ayudó a mejorar el panorama con una buena decisión, expulsar a un jugador local, era justa pero nos enfadó y así se lo hicimos ver, tras ello, pese a ir perdiendo y estar en inferioridad numérica el equipo pareció reaccionar y se lanzó a un ataque suicida

espooleado por los ánimos que partían desde la grada.

Chillamos y despotricamos, miré a mis muchachas y ella permanecía sentada comiendo pipas con fruición, mientras la canadiense muy atenta al juego lanzaba grandes voces y gritaba más que sus vecinos, algunos de ellos se volvían hacia ella y negaban con la cabeza.

Tras una jugada en que el árbitro nos ayudó pitando una inexistente falta la canadiense gritó protestando provocando miradas de incomprensión a su alrededor, pero ella no hizo el menor caso y siguió protestando cada acción fuera favorable o perjudicial a nuestros intereses.

Metimos un gol, muy afortunado y la presión aumento, el campo al completo parecía rugir y varios de los abonados estábamos cerca de un estado cercano al éxtasis. El equipo percibió la locura desatada en todo el estadio y se lanzó a un ataque total, en la última jugada del partido acudió a rematar nuestro portero, tal era el afán

de este equipo por ganar.

En el saque de esquina siguiente el portero no llegó a rematar siquiera, un defensa local dio con la coronilla al balón con tan malísima fortuna que fue a caer a los pies de uno de nuestros defensas, probablemente el más torpe del equipo con el balón en los pies, éste en un alarde de suerte, porque otra cosa era impensable, disparó, eludiendo la nube de futbolistas propios y ajenos que se hallaban a su alrededor y consiguiendo que el balón se dirigiera hacia el único lugar imposible de alcanzar, la escuadra de la portería. Había visto goles buenos, bonitos o espectaculares, pero este fue de una belleza completa, parecía imposible hacer eso con el balón, que sorteara tal cantidad de obstáculos y se alojara lentamente en la portería pasando por la escuadra.

Con toda seguridad fue un tiro de suerte y con seguridad también fue el mejor gol que he visto en ese estadio.

El campo al completo estalló en un ataque de

alegría. El árbitro no permitió siquiera que el equipo rival sacara del centro del campo.

- ¡Ha sido fenomenal! –exclamó la canadiense con una gran sonrisa en los labios.
- Lo disfrutaste, ya te lo dije –replicó ella mojándose los agrietados labios.
- ¿Cada cuanto juegan?
- Cada dos semanas –informé sonriendo, disfrutando de la victoria.
- Deberían de jugar todos los fines de semana, que espectáculo, se permite todo –afirmó la canadiense con una completa satisfacción.
- La próxima vez deberías de protestar las cosas en contra no a favor –expliqué sin dejar de sonreír.
- ¡Que más da!, he comprendido que lo importante es protestar y chillar, creo que mañana estaré afónica –detalló, momento en que comprobé que tenía la

voz tomada- he dejado allí una semana completa de frustraciones, ¡vaya terapia!

Negué, como explicarlo. Desistí, que lo tomará como quisiera.

- El próximo partido me traerás, ¿puedo confiar en ello? –preguntó la canadiense mirándome con gran determinación.
- Cuenta con ello –respondí asintiendo y viendo como ella negaba con la cabeza.

Fuimos a tomar algo fresco, ella se hallaba con los labios reseco y abundante sed. En el bar, tras unos momentos de soledad puesto que la canadiense había partido al baño, le pregunté.

- ¿A que viene ese gesto de negación?
- Me molesta que se apropien de lo mío – respondió muy seria.
- ¿Lo tuyo?
- Bueno lo nuestro –contestó sin mirarme pero con una pena que me hizo comprender que existía un sentimiento, momento en que pensé que habíamos

dado un paso grande para que me dejará y partiera.

Quedé perplejo por el pensamiento, no estaba preparado, pese a que llevaba días intentando comprender que marcharía, en ese momento pude ver cómo el momento se acercaba, inexorable.

Cómo reaccionar, me pregunté, si lo asumía daría otro paso más a la partida y si ignoraba o despreciaba el gesto, que me pareció cargado de ternura, estaría mostrando algo que no sentía y me había prometido a mí mismo ser honesto tanto conmigo como con ella.

- He decidido ser totalmente honesto, – afirmé exponiendo mis deslavazadas ideas- si ahora mismo negará mi falta de interés por tus palabras mentiría y no lo quiero hacer, pero no estoy preparado para que marches.
- ¡Que puñetero eres! –exclamó mirándome con rabia.
- Lo siento, solo quiero que comprendas

que desde que tú vienes al futbol es para mí otra cosa, no puedo comentar el partido o hablar de las jugadas o los goles porque no lo comprenderías pero ya no me hago a la idea de venir sin ti.

- No sigas –ordenó.

Obedecí.

Fuimos a tomar algo un poco más fuerte. El local era el mismo que había llevado a ella en el último partido, no obstante, el local estaba atestado, un abundante grupo de jovencitos se divertían ingiriendo grandes dosis de combinados.

Hablamos sobre las aficiones, sobre nuestra manera de disfrutar del tiempo libre, mis dos compañeras se mostraban calladas y apenas dejaron entrever nada de sus aficiones, pensé que tal vez no tendrían ninguna.

La canadiense era mujer callada, muy callada, sólo hablaba tras meditar sobre lo que iba a decir y eso hacía que las conversaciones fueran poco más que una complicación insalvable.

Tras un rápido whisky y animado por el alcohol procedí, con todo el descaro, a acaparar la conversación y a describir mis afanes. Era amante de la literatura, de cualquier literatura, con tal de que fuera buena y así se lo describí, mi único filtro era que me diera pellizco.

- ¿Pellizco? –preguntó ella.
- Sí pellizco, es un término flamenco, es como un pequeño duende, algo que te deja asombrado.
- ¡Vaya explicación! –resumió ella.
- En el cante es algo muy difícil de explicar pero en la literatura te lo resumiría en una frase.
- ¡A ver! –exclamó ella de manera brusca.
- Con emoción, hay un libro....
- Para ahí –ordenó ella- no comiences a explicar una cosa con lo que dice un libro, siempre haces lo mismo, ¡es para incitarnos a leerlo!, seguro.
- No esta vez no, es de un libro que no me

gustó.

- ¡Menos mal!
- Es un libro de un autor vasco, se llama Uribe, el libro cuenta una historia pero sin contarla.
- ¡Vaya! –exclamó la canadiense mostrando interés.
- Así es, es algo curioso, algo muy novedoso, cuenta como se elabora la historia pero en ningún momento llega a contarla, es una buena idea pero hemos perdido que nos narre la historia, en resumen, un pufo.
- No lo es tanto, así te evitas la historia, te la puedes imaginar –explicó ella asintiendo muy complacida de su argumentación.
- Sí pero con la salvedad que la literatura es contar historias, le quita toda la gracia. Como os iba diciendo, el libro no vale nada, pero hay un párrafo que por sí sólo merece la pena la lectura.

- Ahora sí que no entiendo nada –dijo la canadiense- como es posible...
- Espera –pedí haciendo un gesto con la mano y pidiéndola de paso un cigarrillo, pues ella fumaba y por lo que apreciaba de manera imparable encendiendo un cigarrillo con otro, ayudándolos con una cerveza extranjera que supuse causaría estragos en su entendimiento, si bien ella la tomaba saboreándola y no dejándola descansar ni siquiera un momento- era un párrafo que hablaba sobre un poeta escocés, creo, en él el poeta hablando con el autor, con Uribe, le explicaba que la literatura buena de la mala sólo se diferencia en una cosa, en la emoción.
- ¡Joder! –exclamó ella negando con la cabeza.
- Es certísimo, cuando lees algo, aunque sea malo si tiene emoción se nota y te atrapa, ahí está lo complicado –aseguré olvidando como había comenzado la conversación.

- ¿Justificarías un tocho de cuatrocientas páginas si tiene un párrafo emocionante?
– preguntó la canadiense.
- Por supuesto, es como un fandango, los fandangos de Caracol iban disminuyendo de tamaño conforme avanzaba en edad y perdía facultades...
- ¿Qué tiene que ver los caracoles con esto? –preguntó ella indignada.
- Luego lo verás, hablamos de emoción, como decía Caracol lo hacía, iba menguando sus piezas y cada vez que las menguaba creaba una obra de arte porque en menor espacio le ponía más emoción.
- Comprendo –afirmó la canadiense provocándome una gran alegría.
- ¡Serás tú, yo no entiendo nada! – exclamó ella.
- Es la emoción, el arte tiene que provocar emoción sin ella no lo es –resumió la canadiense en un alarde de concreción

que me horrorizó por mi incapacidad de hacerlo yo mismo.

- El arte es arte, no tiene nada que ver con la emoción –replicó ella muy pertinaz en sus ideas.
- Ahí estas en un error –dije sonriendo- el arte se basa en provocar un estado y en transmitir información....
- Camarero –llamó ella haciendo la seña de que pusiera otra ronda, sabía ya por anteriores ocasiones que siempre que una conversación no la gustaba tendía a interrumpirla a su gusto.

Los jóvenes se dedicaban ahora a montar gran escándalo, a dar gritos y risas desproporcionadas. El camarero los observó y movió la cabeza negativamente pero nada comentó. Uno de los jóvenes iba dejando en la boca de cada uno un pedacito de algo que quien lo tomaba reía o hacía alguna tontería.

- Cómo se están poniendo –afirmé casi para mí mismo.

- ¿No se supone que en este país esta prohibida la droga? –preguntó ella en un alarde de sentido común.
- Es España –resumí.
- No creo que les haga mucho daño, algo de ácido no viene mal –comentó la canadiense lo que provocó que ambos la miráramos.
- Explícate –dije resumiendo lo que pensábamos ella y yo.
- Son drogas sintéticas, nada malo, tienen un poquito de Lsd, apenas una gotita, no creo que sean peligrosas.
- ¿Eso como lo sabes? –preguntó ella.
- Otra cosa no sabré pero de eso sé, he probado todo lo que puedan tener en una farmacia y lo he probado a conciencia.

Aguardamos que prosiguiera pero la canadiense nos ignoró, ella se mostró callada y miraba a la canadiense, siguiendo su ejemplo aguardé a que se tomará su tiempo y permanecí

mirándola.

- Tuve una infancia difícil –comenzó a decir como para sí- nunca fui una niña como todas, mis padres, unos imbéciles, se empeñaron en que comenzara a acudir a un psico-pedagogo, luego éste me mandó a un psicólogo y como era un incapaz acabé en un psiquiatra.

Hizo una pausa aprovechándola para encender otro cigarrillo y apurar su cerveza y comenzar con la siguiente.

- Como ya he dicho mis padres eran imbéciles, sólo me salvó de algo peor un profesor de mi colegio, era un inútil integral como profesor pero al menos sabía comprender a los niños, me observó y, según él, me estudió, como si fuera un bicho y decidió que me faltaba motivación, en resumen me subió de curso.
- Algo lógico –asintió ella.
- No lo dudo, pero mis padres seguían

empeñados en que tenía un problema de autoestima, una imbecilidad supina, era tímida y nada más, mis problemas de timidez se agravaron cuando me subieron a otro curso más, en esa época las diferencias entre años son enormes y podéis imaginar una niña de nueve años con niños de once. No hablaba con nadie y me pasaba el día sola. Ahí apareció el subnormal del psicólogo. Éste en un alarde de imbecilidad crónica decidió que mejor sería relacionarme a tiempo completo con mis compañeros y mis padres, ya os he hablado de ellos, me mandaron a un internado al extranjero.

- ¡Joder! –exclamé pensando en lo complicado de su niñez, aproveché su pausa para hacer un somero repaso de la mía y debo decir que comparada con la suya era como un cuento de navidad.
- Allí eran unos cabezas cuadradas y me mandaron al psiquiatra, éste se dedicó a darme toda la farmacopea posible y no me libré de él hasta la mayoría de edad,

a esas alturas había catado todo el arsenal que la empresa farmacéutica pudiera darme y había llegado a mis propias conclusiones sobre mi enfermedad.

- ¿Qué enfermedad? Sí no tenías nada – replicó ella.
- Sí tenía, una gran timidez pero nada que no se resolviera con paciencia –explicó la canadiense- comprendí que la vida está separada por mundos, hay un mundo público y uno privado, en el privado puedes hacer o ser como quieras pero el público es el peligroso, sólo tienes que comportarte como imaginan que sería lo normal y asunto concluido. Desde entonces no he tomado ni una aspirina y nadie puede decir que tenga problemas.
- Todos tenemos problemas –argumenté.
- Algunos más que otros –replicó ella mirándome con rencor.

- ¡Perdona! –exclamé defendiéndome- pero yo no tengo ninguno.

Ella me miró con rabia pero no cedí.

- En resumen –concluyó la canadiense obviando nuestra conversación- la timidez se vence, si bien cada uno la supera a su manera, ahora no tengo miedo a nada.
- ¡Todos tenemos miedos! –exclamó ella sin dejar de mirarme con rabia.
- Eso mismo –asintió la canadiense- quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.
- Vamos a ver –dije llamando la atención de ambas- no nos creamos nuestras propias tonterías, los tres tenemos problemas, sólo hay que vernos, puede que no sean graves pero los hay, tenemos una incapacidad absoluta de relacionarnos con los demás y eso es un problema.
- No estoy de acuerdo –replicó ella- eso

nunca es un problema, yo me hallo a diario rodeada de necios.

- Yo los ignoro –opinó la canadiense.
- Lo veis, ahí esta el problema –aventuré en un alarde de lucidez.
- Tú si que tienes problemas, de autoestima....-comenzó a decir ella siendo interrumpida por la canadiense de manera muy brusca.
- ¡La autoestima!, ¡no la menciones!, ¡no por dios!
- Este hombre –comenzó a decir ella- piensa que es el culpable de que le abandonara su novia, encima la comprende, cree que le cambio por algo mejor.
- No hablé de creencias, hablé de certezas –sentencié muy convencido.
- ¿Es cierto eso? –preguntó la canadiense.
- Pues claro que lo es, era una reacción

lógica, la quería y quería lo mejor para ella y eso no pasaba por estar a mi lado, no por ello tengo problemas, simplemente obré como debía –expliqué provocando que las miradas de ambas recayeran sobre mí con estupor- ¿acaso nunca habéis hecho algo parecido?

- Ni por asomo –respondió la canadiense mientras ella negaba con la cabeza.
- Digamos mejor que estoy en una fase de evolución superior a la vuestra o mejor aún, yo he querido a alguien y cuando quieres lo importante es el otro no tú.
- Eso es absurdo –replicó ella- amar o querer es desear acaparar.
- Muy cierto –asumió la canadiense- lo que te ocurre es que o has leído mucha novela romántica o eres un poco masoquista.
- Ni lo uno ni lo otro, hay veces que tienes que ver lo que ocurre a tu alrededor con cierta distancia, tienes que dar dos pasos

atrás y verlo todo con mayor perspectiva y ser honesto con lo que ves –expliqué provocando gestos de negación en ambas.

- ¡Eres un ser sorprendente! –exclamó la canadiense no sé si con admiración o estupor o con ambas cosas.
- Dices eso porque he llegado a conclusiones diferentes a las habituales, pensarlo bien y ponerlos en una situación similar –propuse intentando que me comprendieran pero ellas simplemente no escucharon y siguieron negándolo todo.

Seguimos bebiendo y hablando de cosas incoherentes, cada copa nos alejaba un poco más de poder mantener una conversación digna. Llevada por la euforia la canadiense nos invitó a cenar a su casa, ella guisaría para nosotros. Aunque en un alarde de buen gusto dejó esa invitación para el fin de semana próximo.

Ella se mostró más arisca aún de lo habitual, apenas la vi durante toda la semana y cuando este evento se producía gruñía y se quejaba por todo.

Comprendí que sentía hartazgo por mí y por la vida que llevábamos y asumí que partiría en breve, en el fondo ya comenzaba a esperar que ese hecho se produjera. Desde el primer momento vislumbré que esa partida llegaría, tarde o temprano se produciría, y aguardar que ocurra algo sólo hace que deseemos se produzca lo más inmediatamente posible.

Di muchas vueltas a esta situación. ¿Cómo había podido cambiar tan radicalmente?, me refiero a mi pensamiento, y lo resumí con una canción de los Chichos, éstos, un grupo excelente, de mi propio barrio, habían hablado de la vida y de las diversas situaciones que ésta producía, una canción resumía su discografía, asaz amplia, “Quiéreme con alegría”.

Cuando tuvimos una velada, juntos, en la que el mal humor parecía no existir, le pedí unos minutos de escucha y le ofrecí la canción. Ella

no comprendía nada de porque le ponía la canción pero aún así la escucho y se complació con la melodía.

- ¿Qué quieres decir con esto? –preguntó a su manera brusca.
- Nada, simplemente, es un deseo.
- No te quiero –afirmó muy tenaz.
- Ya lo se, pero vivimos juntos al menos déjame que tenga alegría.
- ¡Alegría tú! –exclamó.
- Sí, es culpa tuya, antes no podía escuchar esta canción sin que tuviera que aguantarme las lágrimas, ahora lo puedo hacer y es por tú presencia.
- ¿No estarás pensando en que me quieres?
- Ni mucho menos, pero desde que entraste en mi vida se ha producido un cambio, es un hecho, lo he asumido, me he dado cuenta de lo perdido que estaba y ahora se adonde quiero ir, no se cómo

- ir pero sé al lugar que quiero llegar.
- Bien eso está muy bien pero ¿qué tiene que ver esa canción con todo esto?
 - Es un resumen –expliqué sin pretender que me comprendiera.
 - Creo que es la primera vez que alguien me incita a marchar –dijo con asombro- sabes he conocido mucha gente, en su mayoría creen que al mantenerse firmes, como un roble o un gran árbol, hace que las cosas tornen a su parecer, piensan que con la firmeza conseguirán todo, es algo que culturalmente les ha sido dado y no piensan renunciar a ello.
 - No se de que hablas, robles, árboles, firmeza.
 - Hay una compañía de seguros, seguro que la conoces, son de lo peor, auténticos sinvergüenzas, no te voy a dar el nombre, pero el emblema es un roble, es el símbolo de la firmeza, al menos para los occidentales. Ese roble

no esta ahí, en ese emblema porque haga bonito, es un ideograma, durante generaciones hemos visto eso como símbolo de la estabilidad, comprendes ahora.

- Lo capto, aunque con dificultad -aseguré haciéndola el gesto de que prosiguiera.
- La mayor parte de las personas han llegado a esa conclusión, en cambio tú, representas una mezcla entre el junco oriental y el girasol.
- ¡Pero qué estás diciendo! –exclamé asombrado del disparate que estaba escuchando.
- Déjame terminar, no seas impaciente.
- Venga.
- El junco oriental es esa tontería de que en la vida debes ser como un junco, doblarte al paso de la corriente sin partirte. Y lo del girasol es por el hecho de que esas plantas van girando buscando al sol. Te has adaptado a un

entorno hostil, no te importa nada, y lo has hecho con éxito. Seguramente ya habrás llegado a la conclusión de que mi partida te vendrá bien, no lo niego, y seguro ya has llegado a conclusiones parecidas. ¿A que no has sido lo suficiente bueno como para retenerme o no me merecías? ¿Estoy en un error?

- No, asumí desde el primer momento que igual que llegaste un día partirás – respondí levantando los hombros en señal de aquiescencia y comprendiendo lo agudo de sus pensamientos, ella me había comprendido mucho mejor que yo a ella y eso me molestaba.
- A eso me refiero, te has adaptado a un entorno hostil y en él puedes vivir con cierta normalidad. Es increíble como a través del desprecio propio has podido establecer una personalidad caníbal.
- ¿Caníbal?
- ¡Oh sí!, haces sentir al resto inferior.

- ¡No digas tonterías! –exclamé en el mismo tono agresivo que ella empleaba.
- No son tonterías. Es un hecho –explicó yendo a su habitación y trayendo una botella de whisky, al notar mi sorpresa hizo un gesto de suficiencia, tomó dos vasos y sirvió una buena ración- todos hemos construido nuestra propia personalidad, unos con mayor éxito que otros, y renunciar a parte de ella nos cuesta un mundo, siendo en muchos casos imposible. En cambio tú, has conseguido anularte por completo, parece a veces que sólo eres el reflejo de lo que te rodea, eres ajeno a todo, pareces vacío.
- Tal vez es por que lo esté.
- Nadie esta vacío o al menos no tan completamente. Creo que te nutres de lo que hay alrededor y cuando no tienes nada de lo poco que queda de ti mismo. Sabes, lo que más me duele, es que no sientas nada, si mañana mismo

desapareciera no sería para ti más que un pequeño trastorno pasajero, nada más.

- ¿Es que quieres que sufra?
- Ni mucho menos, pero soy humana y todos pretendemos dejar algo de huella a nuestro paso, algo de sentimiento....
- ¡Nunca te olvidaré! –exclamé asintiendo- puedes estar segura de ello.
- Lo sé y también reconozco que me estoy contradiciendo, ahora mismo no soy capaz de irme y tampoco de quedarme y todo es por tu culpa –dijo esta última frase con mucha rabia.
- Lo siento –respondí con pena apurando el vaso de whisky y con un buen revoltijo de ideas en la cabeza.
- No lo sientas, es culpa mía, soy demasiado débil para medrar con todo esto, la vida puede conmigo –replicó ella con los ojos llorosos- no puedo permitir que me fagocites.

- ¿Eso que es?
- Es cuando un parásito come completamente a su huésped. Vives en completa indiferencia, hacia todo.

Hice un gesto con ambos hombros indicando que no era nada nuevo para mí.

- He renunciado a tanto que ya no tengo nada que pueda perder que me interese, la vida se ha encargado de despojarme de todo, el resto es indiferencia – expliqué hablando de un tema que ya tenía muy bien meditado- ya te dije que si desapareciera nadie iba a perder mucho y que tan sólo me echarían de menos mis vecinos de abono.
- Lo ves, ¡lo vuelves a hacer!
- ¿Qué hago?
- Me superas, me pones en un compromiso, tu soledad contra mí, ¡es indignante!
- Eso es una tontería.

Ella no contestó y quedo mirando el vaso vacío sin decir nada.

No sabía como proceder, si callarme o hablar, aunque no tenía nada que decir, probablemente tenía razón. Aunque tras meditarlo por unos minutos llegué a una curiosa conclusión, no se iba porque la estaba echando. En el fondo con mi indiferencia, con la aceptación de su pérdida y con la idea de su segura marcha, la provocaba a no partir.

- Sé porque no te vas –anuncié con una sonrisa torcida.
- Eres un lumbreras –respondió sin levantar la cabeza.
- Acéptalo y podrás partir.
- No puedo, eres como una mascota de la que me he hecho cargo, no puedo dejarte.
- Sí que puedes, toma un avión a donde sea –dije animándola y sabiendo que su permanencia a mi lado la ataba más que cualquier compromiso- antes de tu

llegada vivía y tras tu partida seguiré igual, tengo proyectos para mí mismo, más audaces de lo que imaginas.

- ¡Oh sorpréndeme! –exclamó ella levantando la vista hacía mí.
- Tu llegada me ha dicho muy a las claras que no puedo seguir así, he perdido el tiempo como decía Montaigne, él hablaba claro de la vida en el campo y apartado de la sociedad, yo lo he llevado a cabo en medio de una gran ciudad, es sólo una cuestión de matices, pero he llegado a la misma conclusión, debo cambiar, volver a confiar, volver a sufrir y no volver a estar solo y todo ha sido por tu culpa, me has sacudido y me has sacado de mi propio mundo. Ahora no sé cómo proceder, creo que tengo algo de miedo, son muchos años apartado, pero como Robinson que vuelve a Londres, debo regresar.
- ¡No podrás sobrevivir! –sentenció ella.
- Lo intentaré, seguir así no es una opción,

ya no, si quieres puedes quedarte conmigo y juntos andaremos ese camino –razoné haciendo una proposición que hacía muchos años no era capaz de hacer a nadie y sorprendiéndome a mí mismo sobre ella y la facilidad con que la había expuesto.

- Me hundes y ahora pretendes ponerme a flote.
- ¿Por qué no?
- Por todo, por ti, por mí, por lo que nos rodea, porque este mundo es una mierda, porque no tengo buenos motivos, porque me harás sufrir, porque te haré la vida imposible, ¿quieres que siga?
- Este tren parte, las máquinas están en marcha, te invito a subir, es opción tuya dar el salto o quedarte en el andén – anuncié pensando en mí mismo.
- Lo has vuelto a hacer.
- Lo siento.

- Lo haces continuamente.
- ¡Vaya!
- Me castigas con tu indiferencia y cuando he asumido el castigo me vienes con que suba al tren, ahora quieres volver a tratar con la gente, tener amigos e incluso alguna amante, ¿no dejas de asombrarme! –exclamó con desesperación.
- Es la vida –expliqué- no somos inmutables, este junco se mueve y el viento le lleva a salir de su letargo, la primavera llega y quiero volver a probar.
- No cuentes conmigo –respondió.
- Conforme.
- ¡Cabrón!
- Lo siento.

El viernes no la vi, teníamos una cita pendiente con la canadiense y allí acudí, era la primera expedición al exterior y no iba a renunciar a ella por nada.

La canadiense vivía en un barrio de clase acomodada de Madrid, era una zona buena, demasiado buena, cuando llegué a su portal éste era tan grande como mi vivienda, tenía una entrada amplia y unos adornos que daban ganas de hacerles fotos. Subí por las escaleras porque el ascensor tenía pinta de tener innumerables años y no tuve la presencia de ánimo para arriesgarme a subir en él. La escalera giraba en torno al hueco del ascensor y pude apreciar que si bien se había conservado la parte antigua, el resto era de una modernidad, a todas luces, insultante.

Me abrió y sonrió, me gustó mucho el detalle.

- Pasa, pasa –dijo haciéndose a un lado y mostrando un pasillo poco más que infinito- ella no viene, he hablado con ella varias veces y la tienes profundamente disgustada.
- ¿Yo?

- Sí, parece ser que te odia y creo que a mí también –explicó con un tono que demostraba total indiferencia.
- Lo siento –respondí sin que se me ocurriera otra cosa que decir.
- Es así, una mujer complicada, no se lo tengas en cuenta. De alguna manera la hemos decepcionado y me da una profunda pena, pero creo que podré vivir con ello.
- Ella se lo pierde –anuncié esbozando mi mejor sonrisa.

Ella me llevó al salón, una pieza poco más que enorme, todo estaba con una limpieza prístina, demasiado limpio y con un orden que rallaba la manía, así se lo hice saber y ella asintió.

- Tengo un problema con el orden, no soporto que nada esté fuera de sitio –explicó con un gesto- es una manía pero no lo puedo evitar.
- No parece que estés mucho por aquí.

- No paro por este sitio mucho, siempre estoy trabajando y la verdad no es una vivienda muy acogedora, ¿no crees?
- No esta mal –respondí sintiendo que todo a mí alrededor era de buena calidad.
- La decoró un profesional pero me podría haber ahorrado el dinero, me parece tan fría como mi vida –detalló la canadiense sin mostrar un atisbo de piedad por sí misma- por cierto mis afanes en la cocina han fracasado, mejor te invito a cenar en algún sitio, hay un restaurante abajo muy bueno.
- Vaya, ¿qué pretendías hacer?
- Algo de pasta, pero las instrucciones que he seguido no eran claras y todo se ha ido al traste –respondió dirigiéndose a la cocina donde la seguí.

Era una cocina enorme y funcional, con aparatos de última generación que evidentemente nunca habían sido usados, sobre

una mesa central había esparcidos todo tipo de platos, cacerolas y trozos de comida, en un desordenado batí burrillo, sin recibir ninguna orden procedí a ordenar aquello y ella con una buena sonrisa se puso a ayudarme.

Al poco me ofreció una cerveza extranjera y me indicó como tomarla.

- ¿A qué te dedicas qué te va tan bien? – pregunté por hablar de algo.
- Gano dinero –respondió dando un buen trago a la cerveza- para un banco.
- Interesante
- ¿Y tú?
- Sufro en la administración de una fábrica –contesté provocando que ella riera.
- En el trabajo todos sufrimos –sentenció.
- Algunos más que otros.

Apuramos la cerveza y ella me indicó que fuéramos a cenar. Rechacé tomar el ascensor por lo calamitoso de su estado y ella

tomándome del brazo me indicó que la maquinaria tenía apenas un año y como un niño pequeño me subió a él y no dejó de abrazar mi brazo para tranquilizarme hasta que el ascensor se detuvo.

Pretendía llevarme a un restaurante de postín, algo que desde la misma entrada presagiaba una cuenta abultada, pero yo me negué. Tenía intención de invitarla pero precisaba de una tasca, bar o mesón capaz de desprender un inconfundible olor a frituras que haría las delicias de todo el vecindario.

Ella torció el gesto pensando y por fin sonrió, me dirigió hacía un bar de carácter, aposentado entre dos comercios de gran empaque, parecía el último resto de un gran naufragio culinario, allí, con una clientela fiel pero a las claras en decadencia, seguían ofreciendo las fritangas propias de las buenas raciones y en ellas nos deleitamos.

- Al menos ella me ha dejado algo – anunció pinchando un calamar.
- ¿Qué?

- ¡Oh a ti!, eres todo un descubrimiento – respondió la canadiense sin dejar de sonreír.
- Creo que exageras.
- Ni mucho menos, llevo desde que tengo uso de razón entre hombres, mi familia son todos hombres, mi trabajo igual, todos muy parecidos, con un afán infantil por destacar, por ser los primeros, por elevar la cabeza sobre el resto. En cambio tú, permaneces indiferente a todo, seguro que algunos de los que conozco dirían que solo pareces un hombre porque llevas pantalones.
- Comprendo.
- Muy interesante, lo que yo decía, ¿has leído un libro que se llama El amante lesbiano?
- ¡Claro cómo no! –respondí un poco asustado de que ella pretendiera hacer las prácticas que en el libro aparecían sobre mi persona.

- El papel femenino que hace él en la relación es algo más común de lo que parece, ese papel genera en todos los hombres, al menos en los que yo conozco, un miedo atroz, ¿a qué a ti no te lo provoca?
- Pero eso es porque soy ajeno a todo.
- Ahí es donde quería llegar, te da igual todo y eso es encantador –explicó con una buena sonrisa- creo que verte tan indiferente me provoca y mucho. ¡Hace que mi vida parezca una feria!

Ambos reímos.

- Eso quiere decir que te cansarás de mí en breve plazo –dije sin el menor atisbo de pena o interés porque ello se produjera.
- Es posible, no lo niego, pero ¿qué más da?
- Interesante idea –respondí pinchando un calamar.

- Ella no lo ha comprendido, los hombres que saben que nos gustan nos desprecian y se sienten indiferentes ante nosotras, es una pose y una manera de ejercer cierto mando o autoridad, autoridad que pierden luego. En cambio tú, partes de la indiferencia y el reto es provocar algo en ti diferente a eso, interés u odio incluso, lo que sea.
- Ella ha provocado en mí ciertos cambios de los que todavía no soy siquiera consciente, por ello esta despistada, pero es lista y lo comprenderá.
- No lo creo, es una persona granítica, su personalidad esta construida así, huye por no romperse –detalló la canadiense con un conocimiento de ella que me provocó un vivo interés.
- ¿Cómo sabes tú eso?
- La experiencia. He conocido gente igual. En la mentalidad europea y burguesa hay elementos que se salen de la norma, muchos son viajeros, hippyes o lo que

sea pero que sea anormal, en cambio hay otros que viven dentro de las normas pero que no las pueden aceptar, nuestra amiga es de ese tipo, no puede con el sufrimiento, la vida le cuesta...

- Eso a todos.
- A algunos más que a otros, fíjate en mí, para llegar a este estado he tenido que consumir tanta pastilla que si la echaran al canal de Isabel II todo Madrid se colocaría. Ella ha decidido ser de una manera, ruda, arisca, granítica como te decía, pero una pequeña brecha en esa piedra hace que toda la superficie se raje. Antes de que esa brecha se produzca toma los bártulos y huye, no es mala idea más de una vez he pensado hacer lo mismo.
- A mi me gustaría poder hacerlo.
- ¡Hazlo!
- El miedo me puede, no creo que pueda valerme por mí mismo en otro lugar que

no sea esta ciudad.

- Tu capacidad de auto desprecio no tiene límites, ¡me encanta! –anunció haciendo un brindis por ello- si mi psiquiatra te echara mano haría dos libros contigo.
- No creo que sea tan diferente a otros.
- ¡Oh, sé de lo que hablo, le chiflarías!

Ella disfrutaba y lo notaba en que su conversación era chispeante, había meditado sobre ello y ahora con las ideas claras creo, aunque sea un poco elogioso decirlo, entraba dentro de lo que ella había pensado sobre mí.

Estaba dentro de su guión.

Tras la cena me llevó a una cervecería donde exhibían un buen surtido de cervezas internacionales, allí ella me fue dirigiendo por los intersticios de este brebaje, primero con una cerveza belga fuerte y de sabor pesado, para pasar poco a poco a cervezas más ligeras y que acompañamos de chupitos de whisky. A la segunda cerveza comencé a sentir pesadez en la cabeza y flojera en las piernas. Ella parecía

ausente a cualquier tipo de efecto provocado por el alcohol, tan sólo la notaba un poco más eufórica y lo notaba en su conversación, comenzó a hablarme de su vida laboral.

- Tú dices que estas en proceso de cambio yo comencé a sufrirlo cuando entré a trabajar en mi empleo, la primera semana lo pase fatal, mis compañeros son auténticas ratas y tuve que tomar medidas muy serias para medrar en aquel medio hostil.
- No será para tanto –dije tomando un cigarro de su paquete, del que ella hacía un uso intensivo.
- Fue peor, aquello era como la sabana africana, ningún herbívoro podría sobrevivir –explicó asintiendo dando más firmeza a sus palabras.
- ¿Y tú en que te convertiste? –pregunté divertido.
- En hiena –respondió riendo de manera un poco extraviada.

- ¡Joder! –acerté a decir.
- El segundo día de trabajo ya tenía mote, ¿sabes como me llaman?
- Ni la menor idea.
- La perra –contestó riéndose, momento en el que asumí que mis propias dificultades laborales eran poco más que pueriles.
- Pero no lo dirán a la cara ¿no?
- ¡Uy que no!, ahí cada uno tiene su mote, yo puedo decir que he bautizado a alguno –explicó sonriendo- tengo un compañero, Fernando, bautizado como el venado. Tienes que entender que la competencia es bestial, allí se hace cada semana un recuento de lo hecho y quien no llega al límite se le deja muy claro delante de todos que tiene que mejorar, es la jungla, muy divertido.
- ¿Divertido?
- Debo reconocer que los primeros días

fueron atroces, pero una vez que vi todo el panorama tuve que considerar mi postura y cambiarla, acudí al trabajo creyendo que nos ayudaríamos entre nosotros, que sería una oficina feliz pero quita, allí todo el mundo se espía y si se puede aprovechar uno del trabajo ajeno se hace sin ningún tipo de pudor.

- Y yo me quejaba.
- Ahora lo tengo controlado pero me costó unas cuantas cajas de pastillas, cuando observé el panorama y vi la sabana que era tuve que decidir, allí la gente confiada no podría sobrevivir, debía de ser peor que ellos, decidí que un león tenía pocas opciones en aquel entorno, sólo una mezcla de carroñero y de carnívoro podría medrar y puedo decir con orgullo que soy de las peores –reconoció sonriendo con satisfacción.
- No te veo comportándote así –repliqué pensando en que su desequilibrio sería más evidente en su ámbito laboral.

- Somos humanos podemos vivir en medios verdaderamente hostiles, tú que has estudiado historia deberías de saberlo, nos adaptamos a todo y lo hacemos rápidamente.
- Pero acudir a trabajar todos los días así tiene que ser horrible.
- Es alentador, no puedes permitirte ni un descuido, debes de tener los cinco sentidos alerta, creo que me ha hecho mucho bien, sacas lo peor de ti mismo en la oficina y cuando sales ya puedes ser otra persona, además si te respetan luego son muy majos.
- Os iréis a tomar unas cañas tras las puñaladas traperas y todo.
- ¡A veces sí! –exclamó asintiendo- son gente muy divertida cuando no se trata de intentar destacar. Las cenas de navidad suelen ser las más animadas de todo el edificio. ¿Y tú? ¿Tienes problemas laborales?

- Solo uno, pero muy malo, tengo un jefe que disfruta martirizándome –respondí pasando a relatar sus habilidades.

Ella consideró algunas prácticas que sufría como crueles lo cual me sorprendió mucho, definió a mi jefe como un ser inferior y me propuso varias medidas a tomar. En especial una relacionada con las costumbre de mi superior jerárquico a humillarme públicamente cuando contaba con la presencia de terceras personas.

- Debes de sacar los dientes –concluyó con un gesto de seriedad- no te respeta pero por lo que me has contado es un poco cobarde, si solamente le hicieras frente una vez, podrías con él.
- ¡Me despedirán! –exclamé con pesadumbre.
- No creo, si llevas tantos años será porque eres eficiente, si no lo fueras ya hubieran obrado así, confía en ti mismo, –pidió aunque sonrió al terminar de decir esas palabras- sí es difícil confía en mí,

estoy hecha a bregar en ambientes pésimos y te puedo asegurar que una acción ofensiva tiene sus ventajas.

- No lo se, lo pensaré –anuncié percibiendo por una vez las terribles ganas que tenía de mandar a la mierda a mi jefe, pero como soy cobarde lo dejé rápidamente aparcado para meditarlo en otro momento.
- No lo pienses –urgió ella- si así lo haces no lo harás nunca, déjate llevar por la mala leche.

Terminé de un trago el chupito mientras ella me miraba fijamente a los ojos y asintió como dándome ánimos. Pidió otra cerveza y otro chupito, ante nosotros nos colocaron una cerveza con su vaso propio, ella la definió como una pilsen de buen tono, muy del gusto austriaco, estuve mirándola con asombro y pensando en denominarla como austriaca en lugar de canadiense, pero la lejanía de aquella tierra de arces me hizo desistir, en verdad estaba más cerca de aquella ignota tierra que la

de los amables austriacos.

Cuando le pregunté por su sapiencia en la cerveza ella se excusó explicando que había pasado un tiempo largo en un internado en Bélgica, país de cerveza, aunque contaba con un vino de gran predicamento.

- En ese puñetero país, más pequeño que cualquier región de España, tienen más de quinientos tipos de cerveza, para toda ocasión y de todo tipo de sabor, parece mentira pero es cierto, es asombroso lo que puede hacer el aburrimiento.

Reí con ganas, nunca me lo había planteado pero de lo poco que podía saber de ese país europeo el aburrimiento estaba próximo.

Anuncié que ésta era mí última cerveza, el metro no esperaba a nadie, ella puso cara de profundo disgusto.

- ¡No me irás a dejar ahora! –exclamó con rostro apesadumbrado.
- Debo tomar el metro –expliqué señalando el reloj del local cuyo minuterero

se aproximaba peligrosamente a la hora convenida para el cierre de las estaciones.

- Te quedas conmigo, mi casa es grande y hay sitio de sobra, no estaría mal que por una vez no pareciera tan vacía.
- No me estarás intentando llevar al huerto –dije haciendo la broma tonta con la peor de mis sonrisas, pero ella quedó seria y asintió provocándome un gran nerviosismo que recorrió todo mi cuerpo, sólo pude asentir pero por la cara que debí de poner ella comprendió mi sorpresa.
- Es una posibilidad –anunció muy seria, creo que un poco ofendida por mi mirada- aunque si te resulta tarea tan penosa puedo disculparte.
- No, siento expresar sorpresa, no sería nada penosa –añadí mirándola a los ojos- sino todo lo contrario, pero debes de ponerte en mi lugar, hace tanto tiempo que ya apenas recuerdo.

- ¡No me hables de tiempo! –exclamó volviendo a prestar atención a la cerveza- por cierto creo que ella se ha enfadado por esto.
- ¿Cómo?
- ¡Oh!, dejé entrever cierto interés y ella me colgó, supongo que lo tomó muy a mal, probablemente se enfadó previamente al preguntarle si manteníais algún tipo de relación, digamos física.
- Negativo –respondí asombrado por todo lo que ocurría en mí entorno.
- Siento ser tan fría, pero no tengo ni idea de cómo seducir a nadie –explicó sin mirarme y prestando atención a un lugar recóndito que se acercaba con el final de la barra del bar- y debo pedirte una cosa.
- ¡Escucho! –exclamé ya sumamente nervioso.
- Ten paciencia, mi experiencia en estos campos es muy limitada.

- ¡Oh la paciencia la debes de tener tú!, creo que has hecho una mala elección, nunca he sido un amante muy capaz – relaté provocando en ella una mirada de enfado.
- Esa elección es algo que me compete y no deberías de criticar alegremente mis decisiones.
- No lo hago, sólo te informo de hechos contrastados –repliqué asintiendo y recordando viejos tiempos en los que la vanidad me hizo llegar a creer que estaba bastante por encima de mis posibilidades.
- Déjate de hechos contrastados, estoy en un momento de suma dificultad, como ya te dije padezco de timidez en grandes dosis y no es una decisión fácil y mucho menos llevarla a cabo, esto forma parte de mi terapia y debo afrontarlo con valentía. ¿Te quedas? –preguntó por fin sin mirarme.
- Claro cómo decepcionarte –respondí con

mi mirada más pícara y mirando de soslayo su cuerpo plagado de apetecibles curvas.

Ella me dio un ligero codazo y apuró cerveza y chupito en ese orden indicándome con un gesto de la cabeza que procediera de la misma manera. He de decir que pese a lo extraño que era beber así el sabor del whisky maridaba perfectamente con el sabor de la cerveza y era muy agradable al paladar.

Ella pidió otra cerveza y una nueva ronda de chupitos.

- Bueno, escucho –dije tomando otro cigarrillo de su cajetilla.
- Una cosa es la terapia y otra contarte toda mi vida –replicó claramente a la defensiva pero tuve la percepción de que estaba deseando contarme muchas más cosas de las que yo mismo pensaba.
- Es un momento ideal, has pasado por el peor trago que se puede pasar, una declaración de intenciones, estamos

cerca de la embriaguez, a este ritmo será toda una borrachera, el ambiente es adecuado y no has podido elegir mejor interlocutor, soy incapaz de aprovecharme de nadie, bastante tengo con lidiar conmigo mismo.

- ¡Visto así! –exclamó levantando los hombros.
- Creo que no hay otra manera de verlo.
- ¿Por donde empezar?
- Por el principio.
- He tenido siempre un problema de timidez, con todo, con las relaciones con otros, con la familia incluso y ya no digamos con el sexo. Mi familia son profundamente machistas, no hagas gestos, no lo puedes ni imaginar, casi he tenido que romper con ellos para ponerme a trabajar así que ya te puedes hacer una idea de lo que hablo. Mis padres se preocuparon de que pasara toda mi pubertad y juventud rodeado de

féminas por lo que los hombres han sido para mí algo extraordinario, sólo tuve acceso a ellos en la universidad y ya el mal estaba tan arraigado dentro de mí que apenas pude aprovechar dicha ocasión. He tenido alguna relación, pero muy esporádicas, sólo recuerdo una ocasión en que hubo contacto físico y yo me había dedicado al consumo de alcohol mezclado con pastillas por lo que mis recuerdos sobre ese contacto rozan lo anecdótico, tengo un recuerdo más cercano al retrete que a la cama.

- Bonita expresión.
- De los amigos, debería de contarte cuanto tuve la brillante idea de presentar a uno en mi casa, era un amigo y no había nada más, creo que era gay pero él no lo tenía claro ni yo tampoco, pero era un hombre sensible y muy amable, un buen compañero. Lo llevé a mi casa y allí le sometieron a un trato vejatorio. Para mis hermanos era un marica declarado y cuando el pobre no se le

ocurrió otra idea que defender una idea política contraria a la de mis padres le tacharon de comunista pertinaz. El pobre salió corriendo muy ofendido y tras esta escena apenas pude restablecer mi amistad con él.

- ¡No serán tan malos!
- Son peores. Soy la única hija de mis padres, mis tíos, todos varones, sólo tienen hijos y para toda la familia soy como el receptáculo de la virtud, cuando notan que alguien me ronda o me interesa le atacan sin piedad. A hacer daño. Tengo grandes esperanzas contigo, eres mi última oportunidad si fracaso contigo romperé totalmente con ellos.
- Es tu familia no se puede romper con ella –expliqué pensando en la soledad que daba no tener familia a la que recurrir.
- Aunque te hagan la vida imposible.
- Debes de vivir con ellos, si no estás de

acuerdo con su comportamiento ignóralos o apártalos de tu camino pero no renuncies a ellos, te habla uno que perdió toda su familia y la echo de menos.

- Es la primera ocasión que muestras pena por algo –afirmó asombrada.
- Mis padres fueron buenos padres, me criaron con mucho cariño, creo que desmedido y siempre noté su interés y preocupación por mi.
- ¿Qué fue de ellos?
- Un accidente de coche, soy hijo único y mi padre también, mi madre tenía un hermano pero murió de cáncer, estoy solo en el mundo –expliqué apenado, lo cual era para mí toda una noticia, seguramente sería por el efecto pernicioso del alcohol ingerido.
- He llegado a pensar que eso es una suerte –estimó haciendo un gesto con la mano- pero ahora confío y mucho en tu

indiferencia a todo, será bonito ver un combate en el que las agresiones te van a llover, aunque esto es adelantarme un poco a los acontecimientos pero si un día tienes ánimo me gustaría ponerte a prueba.

Quedé pensativo, lo que en otro tiempo había sido todo un factor en contra mía ahora era un factor a tener en cuenta y valorado por las féminas. Mi indiferencia había sido la causa última del abandono de mi novia y ahora me proveía de una oportunidad sentimental, ¡que puñetera era la vida!

Seguimos charlando, fumando y bebiendo, lo hicimos con calma y con profusión, cuando el bar nos invitó a marchar, había rebasado la hora de cierre habitual, habíamos dejado una abultada cuenta y los efectos del alcohol eran patentes.

Fuimos a su casa donde entre miradas tímidas y un poco angustiadas, por su parte, tomamos otra cerveza. En mitad de ella, la canadiense se abalanzó sobre mí y desde hacía mucho tiempo

no fui indiferente y ayudé con el máximo ardor que el alcohol me permitía.

Ninguno de los dos éramos muy hábiles en esas artes. Con grandes dosis de entusiasmo fuimos venciendo nuestras deficiencias en la cama. Intenté apartar de mi mente mi habitual indiferencia y el egoísmo que había siempre en este tipo de encuentros y me concentré, todo lo que daban mis penosas maneras, en hacerla disfrutar. Ella comprendió mis afanes y se aplicó de la misma manera. Fue un primer encuentro bonito si bien un poco tosco, al segundo envite la cosa funcionó mucho mejor.

Tras un ligero sueño y un desayuno plagado de líquidos, ingeridos para vencer la resaca que nos acechaba, volvimos a intentarlo consiguiendo esta vez, un éxito moderado.

Bajo una coraza coriácea existía una llanura plagada de ternura que no dudó en mostrarla y yo en complacerme en ella.

Nos levantamos tarde, pasado ya el mediodía. La canadiense pretendía salir a comer pero por mi parte aseguré ser capaz de proveer una

comida decente con lo que hubiera en su despensa.

Me aseguré que no era necesario, en la zona había abundantes lugares donde realizar una colación muy adecuada, pero mi empeño en demostrar mis artes culinarias era firme y así se lo hice saber. Ella me dejó hacer, tenía una despensa mejor prevista de lo que pudiera imaginarse y sin mucho esfuerzo conseguí hacer una comida correcta, muy adecuada al estado resacoso que sufríamos.

Comimos en silencio apenas cruzando una mirada aislada, tras la comida la invité a dar un paseo, el Retiro no quedaba lejos y hacía allí dirigimos nuestros pasos. Caminamos disfrutando del buen tiempo y solazándonos con el entorno.

Ella caminaba a mi lado y cuando lo estimó oportuno agarró mi brazo y junto a él, notando su cuerpo oscilar, seguimos caminando. Al poco apoyó su cabeza en mi hombro y rió, creo que de placer si bien no lo puedo asegurar.

- Esta noche te invitaré a cenar a un sitio

bonito –afirmó apretando las manos en torno a mi brazo para demostrar fuerza en sus palabras.

- No es necesario –respondí.
- A mí me gustaría llevarte a un sitio bonito, además es un lugar donde la comida es excepcional. Seguro que no habrás probado nada semejante.
- No soy un gran gourmet –expliqué pensando en sus gustos caros y en mi deficiente cuenta bancaria.
- ¿Lo haces por el dinero verdad? – preguntó mirándome por primera vez a los ojos desde que habíamos salido de su casa.
- No tengo grandes ingresos, vivo asomado al precipicio de las deudas – expliqué haciendo una metáfora con mi calamitosa economía.
- No te preocupes, gano más de lo que soy capaz de gastar –razonó con tono serio sin que en ello hubiera nada que

reprochar y aunque lo hubiera hecho me hubiera sido indiferente.

- Te admiro, apenas consigo llegar a fin de mes.
- Gano bastante y no tengo gastos relevantes, llevo una vida en opinión de mi madre ascética, así que imagínate. Además el dinero parece que me persigue, compré unas acciones, no por acumular dinero sino por diversificar un poco mi cuenta corriente y he doblado la inversión, en apenas unos días.
- ¡Vaya! –exclamé sin mucho interés.
- ¿Acaso desprecias el dinero?
- Ni lo desprecio ni lo aprecio, estoy hecho a vivir con lo justo, si tuviera dinero en abundancia no sabría qué hacer con él, además mi madre siempre decía una cosa muy curiosa, decía “quien tiene dinero no lo ha ganado con sus espaldas”.
- No creo que sea cierta –replicó la

canadiense.

- ¿Crees que trabajando se puede llegar a ganar mucho dinero? –pregunté dejando claro en el tono que apenas creía que fuera posible.
- Con trabajo y astucia sí. Estamos en una sociedad capitalista, llena de oportunidades, pero hay que saber aprovecharlas. La gente piensa que quienes tienen dinero lo han conseguido sin hacer nada y eso no es cierto, quienes tienen fortuna lo han conseguido a base de trabajo y, en algunos casos, de astucia. Una vez con dinero éste deja de tener valor, te lo puedo asegurar, dejas de pensar en él, tan sólo como un medio para cubrir necesidades.
- Eso sí que no me lo creo, tengo la imagen del capitalista como un tío gordo que come un filetón y fuma un puro enorme mientras los pobres mueren de hambre.
- Pero qué locura, ¿de donde has sacado

eso?

- De una película de Charlot, éste estaba con una niña, mirando a través de un cristal cómo los ricos comían en un restaurante y uno de ellos era así –narré sonriendo para mí.
- No sé porqué siempre han puesto a los capitalistas como gordos –dijo pensativa- supongo que tendrán sus motivos.
- Eso es del siglo pasado cuando la gente comía lo justo –expliqué.
- Es indiferente, ahora vivimos en una sociedad capitalista, sólo hay que ver lo que nos rodea, el mérito es relativo, lo importante es la valoración que los demás hagan de nuestras habilidades, eso marca lo que se gana, no lo que se hace.
- Muy cierto, sí –tuve que asentir.
- En una sociedad basada en ese tipo de economía, lo importante es ser avisado, estar pendiente y controlar el entorno,

con eso se consigue triunfar. No conozco a nadie que con verdaderas ganas de hacer dinero no lo haga. Y digo verdaderas por un motivo. Tienen que ser de verdad, se debe asumir riesgos y se debe de poner mucho empeño en ello.

- ¿Así lo has hecho tú?
- ¡Oh!, yo vivo bien, considero hacer dinero otra cosa, trabajo en un entorno similar y conozco a esas personas, muchas de ellas son casi analfabetos, pero con una idea fija y una voluntad férrea, ¡esa es la clave! Si tú quisieras podrías conseguir mejorar mucho tu economía, pero estarías dispuesto a asumir todo lo preciso, esa es la pregunta.
- ¿Qué debería de hacer? –pregunté asombrado de sus ideas.
- Primero asumir el coste.
- ¿Qué coste?

- Para subir en tu trabajo deberías de aplicarte, dedicarle tiempo, dedicación, estarías dispuesto a trabajar catorce horas al día, casi nadie está dispuesto a renunciar a su vida personal por la laboral.
- ¿Qué más?
- Arriesgar, tener iniciativa y no caer en la desesperación, hay veces que se acierta y otras se yerra, la vida es así y está llena de aciertos y errores, hay que asumirlos. Para ascender hay que asumir riesgos, riesgos que pueden llevarte a una mala situación pero que también pueden llevarte a subir en tu trabajo. Dar la cara, hacerte valer.
- Trepas.
- Sí es preciso, ¡sí! –afirmó con mucha firmeza.
- No creo que sea capaz, tienes razón. Prefiero arriesgarlo todo a la lotería –dije provocando que riera- ¿Tú has trepado?

- No fue necesario –respondió sonriendo– soy buena en lo que hago, en el fondo soy una auténtica usurera. Esta semana he estado un poco atontada y el venado me ha hecho la cama.
- ¿Y eso?
- Cada semana tenemos reunión con quien ha ganado más, no es por orgullo pero te puedo asegurar que consigo estar en lo más alto del escalafón, pero el cabronazo del venado me ha superado esta semana, con la maldita deuda de Tailandia, que jodío.
- No se ni de que hablas.
- Te explico, ahora prevemos una recesión en toda regla. La economía mundial ha avanzado mucho pero hay problemas que todavía no han salido a la luz. Es el momento ideal para especular, mucho dinero de un lado para otro y es preciso buscarle un acomodo rentable. Nosotros invertimos a corto plazo, muy poco tiempo y mucho riesgo, es muy divertido,

ahora vemos una buena posibilidad en las deudas de países, compramos deuda y la revendemos por un precio superior, un negocio rentable, el venado es un tío listo, callado y sumiso pero que no cesa de trabajar, siempre acude con una idea buena, no la comparte claro por eso le llamamos el venado.

- ¿No entiendo el motivo?
- Fue un chiste de ir a la berrea – respondió ella sonriendo y haciendo un gesto que significaba lo incomprensible que iba a ser que me lo explicará- olvídale, es un tío muy listo y muy capaz, busca oportunidades por todos lados, se lee cualquier cosa que sea negociable y en una de esas ha encontrado un chollo del quince por ciento, en la deuda soberana de Tailandia, el riesgo es poco más que enorme, puedes perder hasta la camisa, pero si te sale bien puedes ganar mucho. Yo estaba enfrascada en una compañía centroeuropea que tiene muy buena pinta y sólo conseguí el doce

por cierto. Aunque esta semana tengo ideas sobre unas compañías americanas con las que pienso triunfar.

- Sólo me ha quedado claro lo de la usura –anuncié riendo de mi incapacidad total.
- Verás, las compañías, es decir empresas, bancos, lo que sea, sacan bonos y deuda, para financiarse, para tener dinero, para abrir una fábrica o vete tú a saber para qué, los países hacen lo mismo, necesitan dinero entonces sacan bonos que cambian por dinero, hay empresas que se dedican a crear bonos sobre activos, es decir negocios ficticios sobre negocios de verdad. ¿Ahí lo entiendes?
- Sí claro.
- Nosotros tomamos dinero y lo invertimos, compramos bonos de una empresa americana que precisa de dinero para comprar nueva maquinaria, una vez comprado volvemos a venderlos en el mercado y la diferencia entre ambos es

nuestro beneficio.

- ¿Y con eso se gana dinero?
- Mucho, sí lo haces bien –respondió apretándome el brazo con felicidad, disfrutaba explicándome su trabajo diario y pese a que no entendía mucho como la veía feliz seguí escuchando- trabajo en un departamento de alto riesgo, me propusieron trabajar en un departamento más acomodado, de grandes capitales, pero éstos son muy aburridos buscan seguridad con ganancias moderadas, un rollo vamos, en cambio nosotros somos como los piratas del caribe, allí donde vemos una oportunidad, aunque exista un riesgo atroz, metemos mano. Como te puedes imaginar hay días en los que a las diez has perdido dinero y a las cuatro has ganado una burrada.
- Me suena como al monopoly –afirmé recordando el afamado juego.
- Algo parecido pero con dinero real, gracias a dios no es nuestro, aunque

algunos compañeros meten dinero propio en algún chollo.

- ¿Cómo encontraste ese trabajo?
- ¡Oh un head hunter me captó!
- ¿Un qué?
- La traducción es un cazador de cabezas, es un hombre que se dedica a buscar talentos.
- Y él ¿qué gana?
- El trabaja para entidades bancarias y se lleva una comisión. Me hizo una buena oferta. Acepté y estuve trabajando para un banco holandés dos años, luego me ofrecieron venirme aquí y accedí, aquello era un infierno de mal tiempo y de tulipanes.
- ¿Pero cómo te eligió?
- Por las buenas notas y porque gané una liga de económicas –contestó sonriendo ante mi cara de sorpresa- concursábamos comprando valores con

dinero ficticio, era muy divertido, hacíamos apuestas como en un juego y luego al ver la bolsa calculábamos lo que habíamos ganado.

- ¿Con eso os divertíais en la universidad? –pregunté pensando en la cantidad de porros que se fumaban en mi facultad y en la competencia desigual que hubiéramos tenido si el concurso hubiera tratado sobre eso.
- Es divertido, la gente tiene unas ideas de lo más peregrinas.
- En verdad, que eres rara –afirmé sonriendo.
- Qué lo voy a hacer –dijo haciéndome una carantoña- entonces tras todo esto que hacemos con el restaurante, permíteme darme un capricho, dar un buen palo a la cuenta corriente de esta capitalista pertinaz.
- Acepto, pero con la condición de devolverte intereses –afirmé dándole una

palmada en el trasero y tentando sus carnes.

Ella lo dio por bueno y sonrió.

Regresamos tras dar un buen paseo por el Retiro. La veía feliz y me alegré mucho por ella. Cuando llegamos a su casa comencé a devolverle intereses en forma de actuación porno, un tanto deslavazada pero con mucho ánimo.

Mientras ella se acicalaba estuve vibrando con el partido de mi equipo, esta vez visitábamos Gerona, allí, en un campo diminuto bregamos y bregamos con un equipo rocoso sin llegar a conseguir nada más que un mísero empate. Ella pasó varias veces por el salón, en donde me hallaba concentrado viendo las evoluciones del equipo, miró la televisión con desgana y partió de nuevo.

Esa actitud silenciosa me encantaba. Notaba en ella la afición hacía la soledad o probablemente la costumbre de encontrarse a solas. Encontrarte demasiado a menudo contigo mismo puede acarrear sus problemas, en un primer momento todos tendemos a creernos nuestras propias necesidades, habiendo gente que tanto se involucra en ellas que queda postrado y es incapaz de valorar lo que le rodea, tras ello, si hemos superado esa etapa acude otro peligroso enemigo, ser el centro de nuestro propio universo, estar tan pendientes de nosotros mismos que apenas prestar atención hacía lo que tenemos alrededor y tras ello si hemos superado esta etapa, llegamos a lo que

considero la excelencia, definida por una frase de García Márquez.

"El secreto de una buena vejez, es un pacto sincero con la soledad".

Lo cual lo define todo, o al menos así lo creo yo, pero lo extendería no sólo a la vejez sino a todas las etapas de nuestra vida. Ese pacto, ese saber vivir sin compañía, teniendo a nosotros mismos como único testigo, es probablemente lo más difícil a lo que uno se puede encontrar. Dar vueltas y vueltas sobre uno mismo hasta llegar a pactar un acuerdo de no agresión. A respetarte, en la medida de tus posibilidades, y a comprenderte sin que haya una excesiva crítica o que ésta al menos no sea cruel.

Mi estado en cuanto a esto estaba a medio camino entre obviar mi entorno y llegar a un acuerdo personal sobre vivir solo, pero tras entrar ella en mi vida, todo cambió, había comprendido que vivir en soledad me estaba consumiendo y no sería capaz de llegar a un acuerdo aceptable conmigo mismo. Comprendí, con pesar, que todo lo que había transitado se

había quedado en nada, tendría que comenzar de nuevo desde el comienzo. En el momento que la canadiense y ella desaparecieran de mi vida, me vería abocado, si no espabilaba, a comenzar a reconstruir mi soledad de nuevo. No había opción a recuperar algo de este naufragio, de la nave de mi vida apenas quedaban tablazones donde asirme.

Y ellas partirían, ella lo haría en breve, no tardaría mucho en partir y tras ella la canadiense, una mujer inteligente, tomaría el mismo rumbo. Comprendía que su entorno y el mío nos separaban, ella encontraría a alguien mejor y no lo dudaría, me abandonaría tras haberla dado un pequeño empujón. Y así debería de ser. Sólo me restaba disfrutar del tiempo que me habían concedido.

Hubo un momento, en el que coincidiendo con el final del partido, que mi propia mente se reveló, por unos segundos llegó a surgirme la idea de que podría ser diferente, que no todas las situaciones tienden al mismo destino, que puede haber felicidad aguardándome en cualquier rincón. Pero al poco la deseché. El destino es

cruel y como creían los antiguos romanos, los dioses juegan con nosotros.

Si los dioses antiguos seguían vivos se lo estarían pasando conmigo a lo grande.

La canadiense volvió, con un albornoz y el pelo mojado, me comentó que tenía un baño estupendo, hacía unos tres años había instalado un sistema muy novedoso de ducha, dicho diseño no había sido usado hasta este día y ella se sorprendió y mucho sobre su funcionamiento, definiéndolo como un gran descubrimiento. La miré como quien mira a un marciano y ella se disculpó.

- Tengo muchas cosas en la cabeza para ir pensando en duchas de este estilo – explicó sonriendo- pero ahora que lo he probado repetiré. Te invito a una demostración.

Asentí sin dejar de sonreír. Tras unas breves explicaciones procedí, maravillándome del resultado, el agua caía en todas las direcciones, aplicando en cada lugar una potencia diferente, lo cual producía una sensación muy placentera.

La canadiense tenía una bonita casa y muy equipada, tenía de todo y todo nuevo. Me había dejado un albornoz con la bolsa en los que se venden, sin siquiera estrenar, con gusto procedí como ella y pensé en que cuando volviera a esta vivienda pediría una nueva demostración de tal aparato de ducha.

Lo tomamos con calma, en silencio y ambos vestidos con un albornoz igual tomamos una cerveza en la cocina, sin hablar, sólo mirándonos y sonriendo. Ella fumaba, con las piernas cruzadas y con la sonrisa en los labios. Me resultó muy guapa pero nada dije, encendí un cigarro y la miré con deleite.

Hizo un gesto con la cabeza indicando que fuéramos a vestirnos.

Tuvimos que cruzar la calle para llegar al garaje. Aún no me había dicho donde íbamos pero presumí que estaba lejos. Tenía un coche demasiado potente para cualquier cosa que valga un coche, era de lujo y por lo que pude observar le encantaba. Arrancó y un sonido de potencia llenó el garaje.

Salió lentamente y nada más pisar la calle comenzó a acelerar, conducía bien, muy bien, aunque no soy muy ducho en el particular, pero lo hacía muy deprisa y de manera muy agresiva.

Frenaba y aceleraba de manera brusca, haciéndome pasar por momentos de zozobra y apuro. Ella no hablaba, muy concentrada en la conducción. Cuando tomamos el segundo semáforo activó la radio y ésta produjo un sonido estridente y electrónico muy machacón y sin dejar de asombrarme comenzó a conducir como una auténtica loca.

Al primer cruce llegamos como una centella, apuró tanto la frenada que a punto estuvimos de estamparnos contra un vehículo anticuado, cuando el disco se puso en verde, ella aguardó algo más que una pequeña fracción de segundo para proceder a tocar la bocina y a lanzar ráfagas con las luces del coche, masculló algo que no escuché debido al volumen de la música y prosiguió tocando la bocina hasta que el vehículo viejo comenzó a traquetear y a andar. Ella dando otra gran pitada hizo una maniobra muy agresiva y giró hacia la izquierda y aceleró

fuertemente provocando que los neumáticos del vehículo rechinaran. Ahora con cierto terreno sin vehículos aceleró al máximo y cuando llegamos al siguiente semáforo este estaba en ámbar, pero ya estaba lanzada, aceleró un poco más y pasamos como un relámpago.

Ni que decir tiene que a estas alturas estaba agarrado con una mano al asidero de la puerta y con la otra sujetaba el asiento y creo que tenía tal cara de miedo que ella me miró un momento y rebajó un poco la marcha.

- No te asustes –anunció a grandes voces puesto que la música no permitía otra opción de comunicación- tengo gran control sobre el vehículo.

Tras ello y sin permitir que opinara lo más mínimo provocó un incidente al asustar con su repentina llegada a un conductor que circulaba tranquilamente, ella llegó a su trasera y sin previo aviso le espoleó a base de tocar la bocina. Noté como el coche delantero hizo un pequeño amago, tal vez por el susto, y tras ello prosiguió con calma para exasperación de la

canadiense.

Fue un bonito recital de bocinazos, destellos de las luces y cuando vio que así no iba a conseguir nada bajó la ventanilla y comenzó a proferir grandes voces. Entre las que se mezclaban palabras soeces con ruegos para que acelerará. El clímax llegó cuando en un semáforo el vehículo paró tranquilamente y ella se puso a su altura, bajando la ventanilla de mi lado y comenzando a decir al pobre hombre de todo, entre sus palabras abundaban las malsonantes. El conductor con buen criterio la ignoró y ella al comprobar que no era escuchada paso a desahogar su frustración con el acelerador, al que le propinaba grandes atenciones.

Cuando el disco tornó a verde salimos disparados, fue tal el empuje que mi cuerpo se incrustó en el asiento y hubo unos segundos en los que comenzar a dar gritos rondó por mi mente.

El siguiente encontronazo fue con un taxi, éste señaló con el dedo anular al proferir la habitual

sarta de bocinazos y luces, los insultos le llegaron al taxista y éste los devolvió con calma y no dejando ni un punto por tratar. Cuando ya la hubo insultado con profusión pasó a insultarme a mí, me llamó de todo con calma y sabiduría de más de una bronca al volante, le miré con mi mejor sonrisa mientras la canadiense le hablaba de sus familiares y de la profesión de las mujeres de su familia. El semáforo cambió cuando comprobábamos que el taxista estaba considerando pasar de las palabras a los hechos. La canadiense aceleró de nuevo al máximo y yo, en un alarde de prudencia miré al retrovisor para ver donde quedaba el taxi, éste intentó seguirnos pero al segundo semáforo en ámbar cedió a nuestra locura.

Llegamos dando un gran frenazo ante un asustado aparcacoches, éste dio un salto hacia atrás y cuando vio quién conducía la saludó por su nombre.

Bajamos del coche y cuando mis pies volvieron a tomar tierra, creo que todo el miedo que había acumulado me bajó hasta las rodillas y me temblaron. Ella se percató y me agarró del

brazo.

- ¿Te has mareado? –preguntó.
- No, es el miedo que he pasado – contesté esbozando una pequeña sonrisa, lo máximo de lo que podía mostrar.
- No te apures, soy buena conductora – afirmó asintiendo.
- ¿Y no podrías ir más despacio?
- No puedo, el coche se amariconaría – respondió asintiendo.

Lo cual dejaba a las claras que siempre conducía así y que iba a seguir haciéndolo del mismo modo.

Me describió como había aprendido a conducir y llegué a considerar que la habían instruido a conducir un tanque, porque tales pedaladas a los frenos y al acelerador no podían dejar otro pensamiento.

Sin darme cuenta llegamos al restaurante, ella me propuso tomar unas cañas antes, en el

propio restaurante contaba con bar para este propósito. Era un sitio elegante, se podía apreciar en los camareros, que vestían de manera impoluta y con pajarita, cualquiera de ellos tenía mejor aspecto que yo y probablemente su uniforme estaba realizado con tela de mayor calidad que la que yo lucía.

La canadiense era conocida por todos e incluso el maître llegó a saludarla y preguntarla por parte de su familia. No pude menos que sorprenderme.

Tomé la caña, tirada de manera excelente, y quedé mirándola con expresión de que hablara.

- Mi familia acude mucho aquí, dan comida de gran calidad –refirió sin prestarle mayor atención- incluso puede que algún hermano mío este por aquí.

Tras ello me describió la cocina de la que hacía gala el restaurante, era cocina norteña con una buena aportación de cocina francesa. En especial era muy destacado el pescado.

Tomamos varias cañas, con calma y

saboreándolas. A la tercera caña el miedo comenzó a evaporarse y pude apreciar mejor el local.

Era un local de decoración austera aunque la escasez de decoración le daba un aspecto muy cuidado. El restaurante y el servicio muy abundante, transitaban con rapidez y eficiencia por todo el local, aún considerando su elevado precio, porque no podía ser barato, comprobé que el local estaba absolutamente lleno.

Tras la tercera caña procedimos a cenar. Fuimos acompañados por el maître, quien aguardó a que tomáramos asiento para arrimarnos la silla.

Cuando vi la carta no pude menos que sonreír.

- Creo que es el mejor restaurante en el que he estado –afirmé mirando los precios de auténtica locura y la descripción de los platos.
- Es un buen restaurante, te he traído porque se come muy bien y creo que necesitas alimentación de calidad – explicó sonriendo.

- ¿Por?
- Estás demasiado delgado –respondió acompañando sus palabras con un asentimiento de cabeza.

Era un poco desagradable comer allí, los platos eran exquisitos y revelaban al primer bocado su calidad pero los camareros no nos perdían de vista. Pusieron dos botellas de vino, una para la canadiense y otra para mí, las abrieron con gran ceremonia y nos la dieron a probar, mostrándonos la etiqueta de la botella y aguardando a dar nuestro visto bueno. Momento muy desagradable puesto que apenas era capaz de apreciar una cerveza como para apreciar un vino, comprobé como la canadiense, más hecha a estos rituales degustaba su vino y asentía complacida, la imité. Tras ello en lugar de dejar las botellas a nuestro alcance las apartaron de nosotros y cada vez que nuestra copa se vaciaba o faltaba poco para ello un atento camarero venía a rellenarlas de nuevo.

La canadiense lo veía normal, a mí me pareció desagradable en extremo.

Apenas había probado un vino superior al Señorío de los Llanos, pero puedo decir sin dudar que el vino era excelente, tenía un cierto sabor a corcho pero tras la tercera copa el calor subió a mis mejillas y me hubiera sido indiferente que hubieran puesto el vino más peleón en lugar de éste, lo hubiera apreciado igualmente.

Para mi sorpresa y derroche de la economía de la canadiense, tras finalizar el primer plato se llevaron las botellas a medio vaciar, la di un pequeño codazo y señalé con la cabeza, pero ella no le prestó atención y me sugirió que aguardara el siguiente plato acompañado del siguiente vino.

Con este plato no me ocurrió lo mismo. Era un chuletón de aspecto temible y que tenía la facultad de deshacerse fácilmente en la boca, cuando lo probé y noté su gusto no pude menos que sonreírme y mirar con admiración a la canadiense, quien asintió con una bonita sonrisa. Remedí dejar el vino a medias aplicándome a él con ganas, cuando tomé y apuré la tercera copa la canadiense me pidió

contención.

- Se lo llevarán –dije con cierto temor mirando a los camareros que rondaban por todas partes de manera harto diligente.

Ella se rió con una risa cristalina y pura, tapándose la boca con la mano y moviendo la cabeza en señal de incredulidad. Con la cuarta copa dejé la botella muy encaminada aunque notaba ya el efecto del vino en todo mi organismo, muy poco dado a estos excesos.

- Este vino, es un Mosela, recordarás que te hablé de ello –explicó provocando que asintiera- un vino raro y extraño que sólo gusta a la gente de mucho nivel porque es delicado a no poder más.
- ¡Lo celebro! –exclamé mirando con otros ojos la copa de vino.
- Aún nos quedan los postres, deberías de reservarte puesto que después te voy a llevar a un sitio para tomar una copa con más calma.

- No creo que resista –repliqué sincerándome.
- Desde hace años, voy a ese sitio, es un sitio elegante en donde sirven combinados con mucho gusto, tiene unos sillones cómodos y discretos donde pensaba darte un buen repaso, es algo que tengo pendiente conmigo misma desde hace tiempo, así que compórtate y dame el gusto.
- ¿Explícame eso?
- No hay mucho que explicar, ya te he hablado de mis problemas, soy muy tímida y nunca he tenido posibilidad de hacer ese tipo de cosas, pero tú me provocas y haces que pueda superar mis miedos.
- No lo habrás hecho porque no tenías verdadera necesidad –repliqué con mucho acierto.
- No lo creo, siempre he estado sola, me refiero sola en cuanto a tener amigos y

relaciones, sólo he tenido a la familia.

- Pero, tus compañeros de trabajo por ejemplo, tus vecinos, siempre hay alguien con quien poder compartir un rato de nuestro tiempo.
- ¡Oh no lo creo así! Siempre me he visto sola y no he sido capaz de salir de ese bache. ¿A ti te pasa algo parecido o no?
- ¡No!, a mí no, mi soledad es algo auto impuesto, no es lo mismo.
- Pues la mía no lo es –dijo y calló mirando al vacío.
- Habla –ordené aunque con cierta dulzura.
- Todos estamos solos, solos de verdad, nuestras ideas nuestros gustos, nuestra vida e incluso cuando llegemos al momento postrero nuestra muerte, eso lo tenemos que afrontar solos, con nosotros mismos, llenos de miedo o ahítos de satisfacción, a cada cual con sus ideas, pero esos momentos estamos en

soledad, la diferencia con otros es que yo no me he engañado nunca, he tenido a bien verlo con indiferencia. Aunque debo decir que no he encontrado gente con la que poder compartir cosas como esta cena o el paseo de esta tarde por el Retiro, algo muy importante y creo, antes de que repliques nada que he errado, tal vez en las formas aunque todavía me resisto a considerar que erré en el fondo. Ahora veo todo con otra perspectiva y tengo que pensar hacia donde voy y que es lo que de verdad deseo, estoy muy confusa y me resisto a pensar que he desaprovechado todo este tiempo, si te hubiera encontrado antes.

- No habríamos congeniado –resumí- todo llega en el preciso momento, tal vez antes ni siquiera hubiéramos hablado o ni nos hubiéramos mirado. Por cierto, estas en un error grave. ¡Muy grave!
- No me lo digas –pidió sonriendo- no mereces tanto la pena como para pensar esas cosas, ¿no es así?

Asentí.

- ¡Eso es cosa mía! –replicó mirándome a los ojos- esto es como las leyes del mercado de valores, tú ofreces una cosa que igual me interesa y considero que serás una buena inversión, por eso invierto.
- Nunca me habían considerado una acción.
- Mejor déjalo en un bono –resumió ella con seriedad- sé que apenas nos conocemos, hemos compartido un par de encuentros y momentos agradables, pero he visto en ti, en esos breves momentos cosas que me resultan tan interesantes que me hacen replantearme mi vida hasta ahora, no pensaba que nadie fuera capaz de ser como tú. ¡No digas nada y asiente!

Obedecí.

- He encontrado lo que nunca pensé que existiera, un hombre con un

comportamiento tan alejado de todo que a veces dudo de si serás humano. Aunque todavía te quedan duras pruebas por superar.

- Ya te cansarás –anuncié volviendo a prestar atención a la comida.
- No creo –dijo dándome un codazo en el costado y sonriendo.
- Ese día llegará y yo estaré preparado para ello, llegará un día en que vuelvas a observar a tu alrededor y compruebes el error de tu elección, pero no lo digo para provocar pena, ya te he dicho que estaré preparado, cuando tú llegues a ese punto yo lo habré traspasado hace tiempo.
- ¿Y sí no se produce? –preguntó.
- Se producirá, no lo dudes, eres demasiado vital como para que no se produzca, tienes de nuevo interés en la vida y eso es algo que empuja con mucha fuerza.

- ¿Y tú no?
- Intento pasear por la vida indiferente a todo –respondí resumiendo lo que había sido hasta ahora mi credo.
- Ya veremos.

Le cite a Rousseau, explicando mi manera de ver la vida:

“Todo ha acabado para mi en la tierra. Ya no me pueden hacer ni bien ni mal. Ya no me queda esperar ni temer nada en este mundo, y heme aquí, tranquilo, en el fondo del abismo, pobre mortal infortunado, pero impasible como Dios mismo.”

- No pienso leer nunca a Rousseau – anunció de manera tajante.

Lo comprendí.

Fue un lunes muy diferente a los que recordaba, había llegado tan de improviso que cuando me vi en el tren no pude creerlo y mi mente intentó no olvidar ningún detalle de lo acontecido durante el fin de semana.

Con una sonrisa llegué al trabajo y con la misma sonrisa salí, para exasperación de mi jefe, que aunque puso todo su empeño, no consiguió vencer mi buen humor. Debo decir en su favor que era difícil llegar a tal grado de perfección, su comportamiento era tan insultante y de tan descarada maledicencia que nadie se hubiera mostrado indiferente, nadie que no hubiera pasado años sufriendo semejante trato. Estaba curado de espanto y no lo iba a conseguir, por mucho que pusiera todo su arte en el asunto, que me amargara ni un minuto del día.

La vida se ve de otra manera tras un fin de semana feliz y por momentos eufóricos. No sólo por lo efectuado sino por la compañía, muy grata. Tras esto se puede soportar, con cierto estoicismo, una semana que por lo anunciado por mi superior jerárquico, iba a estar plagada de ataques sin fin.

Incluso tras una conversación sobre el trabajo estaba planteándome mandar a la mierda todo, trabajo, jefe y empresa, todo por este orden y cuando esto se produjera no iba a ser blando ni educado, lo cubriría todo con una capa de mierda tan grande como la que había tenido que soportar durante años. Pensar en mi pronto fin laboral en esa empresa me hizo esbozar una mueca y pensar en mi venganza me hizo reír de manera absurda. Sabía de sobra que era demasiado cobarde como para tomar esas medidas pero mi mente se revolcaba de placer al poner pensamientos a mis palabras.

Con estas ideas y con muy buen humor llegué a casa.

Nada más traspasar el umbral las ví, la canadiense y ella estaban sentadas en el sillón y cuchicheaban. No cesaron en su conversación ni cuando saludé, así que en un alarde de urbanidad las ignoré.

La canadiense acudió a buscarme y a darme un sentido beso en señal de bienvenida, me sugirió que acudiera a mantener una conversación con

ellas. Acudí presuroso, me senté y observé. Ella mostraba un aspecto desaliñado y me miraba con gesto arisco.

- ¡Aquí esta! –exclamó la canadiense mirando a ella y dándome la espalda.
- Es necesario que escuche – dijo ella.
- No lo creo, pero si tú lo consideras necesario, esa condición ya esta cumplida –respondió la canadiense acompañando sus palabras con un gesto de la mano.
- Debe de estar informado, es parte implicada, es lo lógico y cabal –resumió ella y la canadiense cabeceo- ¿estás segura?
- Ya te lo he dicho –contestó la canadiense.
- Repíteselo –ordenó ella cabeceando en mi dirección.
- No lo creo necesario.
- ¡Insisto!

- Así se hará –cedió la canadiense quien se sentó en mi dirección y resumió lo hablado- la he puesto en antecedentes de lo acontecido el fin de semana y mi voluntad de seguir en esa línea.

Cabeceé sin comprender nada.

- ¿Conforme? –preguntó la canadiense.
- ¡Oh!, aún tendría mucho que decir pero creo que con eso basta, ahora nos debes asegurar a los dos de que serás seria y honesta –resumió ella.
- Si habláis de mí tengo algo que decir –expuse pero ellas me ignoraron totalmente y siguieron su charla.
- Seré cuidadosa, te lo prometo, pero no comprendo porque tanto interés, son relaciones humanas puede pasar de todo –explicó la canadiense.
- Sí, lo comprendo, pero tengo cierta deuda con él, en un momento muy malo de mi vida me ofreció todo y eso no se puede olvidar. Tengo que asegurarme de

su bienestar, al menos el emocional.

- Te aseguro que me portaré bien, te he explicado que he encontrado en él valores que desconocía existieran en su sexo, estoy entusiasmada, por no decir otra cosa, además tengo la firme intención de presentarlo a mi familia, si pasa esa prueba quedaré perpleja, te lo aseguro –afirmó la canadiense.
- Es pronto para tú familia –resumió ella.
- No lo creo, es preciso asumir ese riesgo.
- No puedo esperar tanto –replicó ella- tengo planes y no puedo demorarlos más.
- Aguanta unos días –pidió la canadiense- también podrías participar de nuestra amistad, no creo que sea tan terrible.
- El comienzo no, pero el final si lo será – admitió ella- estoy feliz de haberos conocido y que vosotros decidáis continuar la relación me parece fabuloso, pero soy ave de paso y mi rumbo queda

lejos.

- Deberías de replanteártelo.
- ¡No puedo! –concluyó ella bajando la cabeza y negando con ella.
- Hay que ser como el junco, doblarse no romperse –resumí pero mis palabras no obtuvieron ningún eco, quedé pensativo, tal vez ella tuviera esa característica en su carácter, no era capaz de asumir una circunstancia adversa y todo su mundo caería hecho añicos.

Ellas siguieron hablando y yo quedé meditando sobre mi idea, me parecía tan factible que estuve a punto de explicarla pero como sabía que no me iban a hacer el menor caso me abstuve de ello. Me levanté y acudí a por el libro que en esos momentos me deleitaba y mientras a mis oídos llegaban sus palabras mi mente se encontraba absorta en la lectura.

Cuando la luz cayó y mis ojos comenzaban a flaquear en su intento de seguir leyendo, decidí dejar la lectura para otro momento y apliqué mis

mañan en la cocina. Con mucho ánimo y poco arte preparé una cena decente, cena que degustaron con gusto y apetito, lo comieron todo por lo que me sentí muy satisfecho.

Quedé solo en la cocina, momento que aprovechaba con deleite, sentado en la mesa tomándome un café y fumando el segundo cigarro del día. Ellas seguían en el comedor hablando.

La canadiense vino a mi encuentro y se sentó frente a mí.

- Arreglado –resumió con una sonrisa y un gesto de satisfacción.
- No había nada que arreglar –contesté.
- No lo creo, de todas formas, estamos conformes y hemos llegado a un buen acuerdo.
- No soy una mercancía con la que se pueda comerciar –expliqué sin mostrar ningún tipo de emoción.
- No lo creo, considero que eres

demasiado importante como para no prestar atención a cualquier detalle –dijo tomando mi mano por encima de la mesa.

- Si es un cumplido me siento muy halagado.
- Me alegro –respondió ella.

La semana transcurrió despacio, sólo las visitas de la canadiense turbaban mi rutina, ella se aplicó al trabajo y llegaba muy tarde, por lo que pasaba el día solo. La canadiense acudía cada poco a visitarme, varias de esas visitas transcurrieron en completo silencio, sólo roto por el ruido de su mechero al encender el enésimo cigarrillo, ella era silenciosa y yo también. El jueves me informó de sus planes para el fin de semana.

- Este sábado te llevare ante mi familia – anunció ella mirando al vacío.
- Bueno –respondí asumiendo el hecho con indiferencia.
- Van a ser groseros y soeces, no lo dudes –hizo un gesto dejando claro que sus palabras cargaban verdad- ignóralos o muéstrate tan maleducado como ellos, me es igual, pero no quiero bajo ningún concepto que puedan contigo.
- Lo intentaré.
- Si todo sale bien, ella se marchará tras

este sábado.

- ¡Vaya! –exclamé con pena.
- ¿Lo lamentas?
- Un poco, llegó tan de golpe y fue tan importante su llegada que ahora creo que la echare de menos.
- Pero si ella no para por aquí –afirmó ella mirando a los lados.
- Es la idea de que hay alguien, no el hecho de que lo haya –resumí mi pensamiento.
- Comprendo, te pone triste volver a vivir solo.
- Algo así, aunque creo que podré soportarlo.
- Si sale bien el sábado, puedes venirme conmigo –explicó la canadiense bajando el tono de voz por lo que comprendí que era un paso importante para ella.
- Si tan preocupada estás por tu familia

ignóralos, pasa de ellos.

- ¡No puedo! –replicó negando con la cabeza- lo he intentado pero soy incapaz.
- Irá todo bien –afirmé dándole una palmada sobre el dorso de su mano.
- Eso espero. Recuerda lo que he dicho, eres la primera persona a la que le propongo algo parecido y no ha sido fácil.
- Lo recordaré.

Ambos quedamos en silencio.

El sábado llegó sin darme cuenta, la canadiense llegó a toda velocidad con su coche, sólo de pensar en subir a él un nudo se me puso en la garganta. Aún así asumí el riesgo y monté.

Ella aguardó a que cerrará la puerta para darme un ligero beso en la mejilla y pisó el acelerador con ansia. El resto fueron todos acelerones y frenazos. Tuvo la ocurrencia de tomar la m-30, vía por la que no se podía circular a la velocidad

que ella consideraba adecuada, así lo manifestó, negando la mala gestión que se hacía de esta vía, se contentó subiendo el volumen de la música hasta un punto en el que pensaba que los cristales iban a estallar.

Cuando tras una curva muy cerrada, en la que el estómago se me subió hasta cerca de la nuez, entró en la autopista de La Coruña, allí se desahogó de firme, pisó el acelerador bruscamente y con gran virulencia el coche respondió con mucho brío, hubo un momento en el que cerré los ojos encomendándome a cualquier santo. Tras un giro brusco en el que recibimos varios pitidos de otros conductores entramos en una urbanización privada de aspecto lujoso. Allí, los badenes se extendían en todas las calles de manera prolija, y eso impedía que pudiera hacer uso del acelerador por lo que pude pedirla un cigarro y disfrutar del agradable paseo.

Ella renegaba de los badenes, de la escasa velocidad a la que transitábamos y comprendí que a su agresividad en la conducción le sumaba cierto nerviosismo por la

comparecencia ante su familia.

Terminé el cigarro y llegamos. Su familia vivía en un chalet de buen porte, se podía contemplar tras traspasar una valla de gran tamaño, sobre la que se veían varias cámaras de vigilancia. Una vez dentro había varios vehículos en un garaje poco más que gigantesco. La canadiense no lo dudó y aparcó de cualquier manera, dando un suspiro al apagar el motor del vehículo.

El chalet estaba rodeado de una parcela con jardín, muy cuidado y de un buen aspecto, el césped estaba tan mullido y recortado que daban ganas de revolcarse. Apenas pude fijarme en la construcción, estaba conmocionado con el jardín.

Ante nosotros se presentaron dos mujeres, de edad avanzada aunque no se reflejaba esa circunstancia en sus rostros. Ellas besaron y abrazaron a la canadiense y por sus caras y miradas deduje que eran familia cercana. Tras besarla ambas me miraron con indiferencia y esbozaron una sonrisa de compromiso, no las defraudé y sonreí con mucho placer.

Nos condujeron a la parte posterior, si había quedado impresionado por el jardín, ver la parte posterior de la casa me conmocionó, era una pradera, salpicada de grandes árboles y en medio del terreno una piscina de buen tamaño. Allí estaban el resto de los miembros de la familia, todos de parecidos rostros y de maneras muy educadas.

Eran una buena cantidad de miembros, todos hombres, a los que se sumaban varias mujeres jóvenes y varios críos en los que la mayoría imperaba el género masculino. La canadiense me tomó del brazo y fue presentándome a cada miembro, dejando para el final, a sus hermanos y por último a su padre. Fui saludando y siendo presentado con mucha calma y recibí miradas en las que la indiferencia y cierto desprecio caían sobre mí. Muy hecho a estas vicisitudes no presté atención y fui sonriendo a cada miembro familiar que me era presentado.

Los hermanos se parecían terriblemente entre sí y tenían mucho parecido a la canadiense y todos eran una réplica del cabeza de familia. Un hombre de rostro contundente, cuerpo orondo y

mirada maliciosa. Cuando le di la mano sentí su fuerza y su carácter.

- ¿Usted es el novio de mi hija? –preguntó sin soltarme la mano y sin dejar de mirarme a los ojos.
- Dejémoslo en amigo –resumí con mi mejor sonrisa.
- ¿Espero que sus intenciones sean honestas? –preguntó muy serio.
- ¡Papá! –replicó la canadiense con cierto enfado.
- Claro señor –respondí sin hacer mucho caso.
- No parece que tenga usted mucha iniciativa –resumió.
- No es que lo parezca es que carezco de ella –expliqué y provoqué que varios de los hermanos de la canadiense se posicionaran en torno mío.
- ¡Al menos es sincero! –exclamó un hermano asintiendo con cierta pena en

su tono de voz en el que consideré que acababa de estropearles parte de su distracción.

Habían colocado unas mesas con bebidas y algo de comer. Los niños correteaban por el jardín mientras eran observados por los mayores con complacencia. Terminamos de saludar a todos, que arracimados en torno a las mesas degustaban los manjares y digo manjares porque todo tenía una pinta buenísima y el jamón era poco más que sublime. Se había cortado en finísimas lonchas y cuando tocaba el paladar se deshacía fácilmente dejando un regusto delicioso.

Sin vergüenza me posicioné en las cercanías del jamón, y siguiendo el sabio consejo que mi padre me había dado hace mucho tiempo, “quien tiene vergüenza, ni come ni almuerza”, me propuse saciarme de esta delicia.

La canadiense iba y venía, a cada viajecito suyo varios miembros de la familia me miraban, algunos con descarada malicia, otros con cierto disimulo, pero era claro que me encontraba en

territorio hostil. Es decir como en casa.

Cómo explicarles que durante ocho horas al día vivía en ambiente parecido, cómo hacerles comprender que un tercio de mi día transcurría bajo miradas maliciosas y cómo decirles que me importaba un pimiento su opinión.

Los ignoré por completo y disfrutando de la cerveza, del jamón y del cuidado jardín me evadí de ellos. La canadiense se hallaba muy nerviosa y cada vez que hablaba con alguien su nerviosismo crecía. Le toqué la mano discretamente y la sonreí, pero ella bufó y negó con la cabeza.

- ¡Vaya con el novio!, como le da al jamón –exclamó un hermano de la canadiense, en voz alta y con indudable intención de hacerse el gracioso y concentrar la atención de toda la familia a la buena maña que me daba con ese manjar.
- Está riquísimo –sentencié con mi mejor sonrisa.
- No es para menos –admitió el hermano-

en esta casa siempre tenemos lo mejor, eso no lo dudas nunca.

- ¡Lo celebro! –exclamé con sinceridad volviendo a prestar atención al plato de jamón que daba claras muestras de agotamiento.
- ¿De donde lo has sacado? –preguntó a la canadiense sin dejar de mirarme.
- Lo conocí a través de una amiga – respondió la canadiense con claros síntomas de nerviosismo.
- Curioso lo que se puede encontrar por ahí –resumió el hermano con rostro serio.
- Me deslumbró al llevarme al fútbol – explicó la canadiense para intentar que hubiera cierta cordialidad y lo consiguió, el hermano escuchó esa palabra y sonrió.
- ¿Pero cómo es posible? ¿Has llevado al fútbol a mi hermana y le ha gustado?

- Lo disfrutó y mucho –repuse con modestia.
- ¡Vaya!, serás del atleti ¿no?
- Del Rayo.
- ¿Del Rayo?
- Así es, llevo toda la vida de socio y resido, desde siempre, en Vallecas.
- ¡¡Vallecano!!! –exclamó con sorpresa.
- De toda la vida –repuse y sonreí.
- No entiendo nada –se admiró el hermano con gesto de perplejidad- cómo es posible que hayas conseguido que le guste el fútbol, en esta casa hemos intentado durante años transmitirle nuestra pasión, sin éxito. Encima a ese equipo, no podías haber elegido otro de mayor nivel.
- El nivel es el adecuado –adujé defendiendo a mi equipo- somos modestos pero no por ello carecemos de nivel, nuestra historia está plagada de

éxitos.

- Sí claro, habéis ganado el trofeo de la mirinda en varias ocasiones.
- ¡Oh lo tenemos en propiedad! –repliqué sonriendo- ¿Del Madrid?
- Cómo no –respondió hinchando un poco el pecho.
- Se nota.
- En qué.
- En la prepotencia –resumí provocando una mirada de odio que ignoré por completo y terminé con las existencias de jamón.

El hermano alzó la voz y al poco nos hallábamos rodeados de varios miembros de la familia, quienes eran informados de nuestras andanzas, muchos miraron a la canadiense con sorpresa y esta se encogió de hombros y sonrió, de manera muy bonita o al menos a mi me lo pareció.

- ¡Del rayo! –exclamó el cabeza de familia con cierto respeto- ¡qué sorpresa!

- No podía ser de otra manera –afirmó otro miembro quien recordaba era primo de la canadiense- ¿usted es un poco mediocre?
- Claro, usted ¿no? –repliqué con bastante rapidez lo que provocó que varias risas se elevaran y quien me había intentado ofender se sintiera ofendido.
- Tiene garras –afirmó otro de los hermanos de la canadiense.
- ¿A qué se dedica joven? –preguntó el padre.
- Soy oficinista en una fábrica –respondí con paciencia.
- No parece muy prometedor –replicó.
- No lo es –afirmé.
- Tal vez se pueda hacer algo para mejorar eso –dijo el hermano mayor de la canadiense.
- Creo que no lo necesito, me apañaré por mi mismo –afirmé provocando una buena

sonrisa del padre.

- Eso mismo hubiera dicho yo –explicó dándome un buen manotazo en el hombro y dando por concluido el interrogatorio, aunque supuse que guardaban aún grandes dosis de mala leche para más tarde.

La canadiense se movía a mi lado inquieta y cuando los miembros de su familia se apartaron un poco resopló.

- Tranquila, resistiré –informé mirando al final del jardín que seguía pareciéndome muy bonito.
- ¿Cómo lo logras? –preguntó entre dientes.
- Sufro a diario cosas parecidas y algunas mucho más malvadas, esto es sólo un entrenamiento –respondí prestando atención al queso.
- Son odiosos.
- Se preocupan por ti, es normal –resumí.

Ella bufó con mucha fuerza.

- Precioso –afirmé contemplando el jardín.
- No es para menos, mi padre lo encargó a un maestro jardinero inglés.
- ¿Inglés?
- Sí, mi padre pasó buena parte de su juventud allí y se ha traído costumbres inglesas, como esto.
- Pensé que estaba más de moda lo japonés, ya sabes, lo pequeño y delicado.
- En esta casa no –replicó la canadiense- mis hermanos han estudiado allí y yo pasé unos años, parece mentira pero todos nos hemos traído algo de sus costumbres.
- ¿Cómo cuales?
- El té, la cerveza en mi caso, el jardín en caso de mi padre, un hermano mío fuma en pipa tabaco inglés, pequeñas cosas que cuando lo piensas siempre te

acuerdas de aquellos años –afirmó esbozando una pequeña sonrisa- y de aquellos lugares.

Ambos quedamos en silencio contemplando el jardín.

Era una naturaleza domesticada pero de una precisión y belleza que sorprendían. Llamaron para acudir a comer y con parsimonia los miembros de la familia fueron entrando a la vivienda. Esta era amplia, muy amplia, con grandes espacios que se extendían hacia todas las direcciones. Algo sorprendente para quienes vivimos en pequeñas viviendas, viendo esto me parecía que habitaba un infame habitáculo y mi casa no era de las pequeñas.

Todo daba la sensación de confort, calidad y un ligero toque, imperceptible, pero que gravitaba por todas partes, de lujo.

La canadiense me guió hasta un amplio salón, allí nos sentamos a una mesa de buen tamaño en la que todos los miembros de la familia cupieron e incluso sobró algún sitio.

Fui invitado a sentarme entre las mujeres de la familia mientras el resto de los miembros masculinos se sentaban en torno a la cabecera de la mesa.

No supuse que aquello fuera considerado un insulto, sino más bien una cesión a las féminas de la familia para que trabaran conocimiento sobre mí.

Según me explicaron ellas la madre y la tía, guisaban para todos, era ocasión preciada la reunión de todos los miembros de la familia y ambas se esmeraban en la cocina. Consideré sus palabras y albergué la clara idea de que apenas cocinarían a diario. Las mujeres de la familia eran de genio más contenido y menos arisco que la parte masculina, ellas me hablaron con calma, haciendo preguntas detalladas sobre mi trabajo, mi familia y cualquier otro tema que pudiera despertar el mínimo interés.

Creo que me gané su aprecio con mi calma, mi manera pausada de responder y sobre todo con la paciencia de la que hice gala al escucharlas. Esto las encantó y al poco varias de ellas se

disputaban el honor de informarme de asuntos importantes que en su opinión debería de saber, siendo de todo punto imposible vivir sin tener conocimiento preciso de ellos.

Mientras comía escuchaba y llegué a la conclusión, que si bien eran o pretendían ser amas de casa, su vida diaria les alejaba de cualquier similitud a esta ocupación, tenían demasiadas ocupaciones fuera de su casa como para centrarse en ella, las supuse como señoras de aspecto financiero más que saneado que acudían de compras para alegría de los dependientes y pasmo de sus maridos.

La comida era pasable, si bien de productos de gran calidad. Alabé con grandes muestras de contento el cordero asado e incluso hice algún claro guiñó culinario repitiendo. Momento que las encantó y creo que su voluntad cedió ante mi paciencia y ardor gástrico. Ellas desconocían por completo los comistrajos a los que estaba hecho, ignoraban totalmente el menú diario de cualquier bar y por supuesto apenas sabían nada de mis alardes en la cocina, en la que puedo decir con orgullo, que era capaz de

preparar una comida, comestible, con escasos medios.

El postre no fue elaborado por ellas, quienes me explicaron que sus afanes no llegaban a tanto, lo habían encargado a una afamada pastelería y puedo asegurar que era mítico. Hasta la fecha no había probado tarta de tanto sabor y de tan delicioso gusto. Con mucho ánimo fui capaz de tomar tres porciones para pasmo de toda la familia y aún me hubiera arrancado por una cuarta si no hubiera repetido el cordero.

La canadiense, muy seria durante toda la comida, comenzó a sonreír y a relajarse, ella notaba que no ocurriría ninguna catástrofe y con el ánimo más recuperado me daba pequeñas patadas por debajo de la mesa.

El café se sirvió en otro lugar en donde para mi sorpresa se separaron ambos sexos, los hombres acudieron a otra estancia y una señal del padre de la canadiense me indicó que fuera con ellos.

Fuimos hasta una sala en donde había espacio para varios sillones, un par de mesas para jugar

a las cartas, una librería enorme y un billar.

Quedé impresionado por la librería, los volúmenes eran de buena calidad, todos en rústica y se elevaban hasta el techo, sin pensarlo dos veces me acerqué a ellos y estuve contemplando sus lomos. Eran fruto de una colección de clásicos y cuando extraje de la estantería la Anábasis comprendí que no habían sido leídos y que la traducción de Jenofonte dejaba bastante que desear. Simplemente estaban allí como decoración, miré con pena y pase la mano por algunos volúmenes, Suetonio recibió una caricia y otra la dedique a Plauto y no pude negar otra a Seneca. Me acerqué a ellos, tomé una taza y me serví café. No pude menos que mirar con cierta pena la librería.

- ¿Es usted amante de los libros? – preguntó el tío de la canadiense, un hombre de aspecto poderoso y modales calmados.
- Mucho –respondí.
- La próxima reunión será en mi hogar, allí le mostraré mi biblioteca y esa ¡está

usada! –exclamó con una sonrisa.

- Aguardaré impaciente –dije devolviendo la sonrisa.

El hombre me inquirió sobre mis gustos y durante un tiempo hablamos de nuestros gustos literarios. Mientras conversábamos fuimos agasajados con una copa, me decanté por un coñac francés de antigüedad. Tras ello ofrecieron puros y con una buena sonrisa no pude negarme.

- Eres buen comensal –afirmó el hermano mayor de la canadiense.
- Me precio de serlo y más cuando me ofrecen este trato –consideré con mi mejor sonrisa, pero si los halagos y la paciencia habían servido para la parte femenina de la familia esta línea no era la adecuada y el hermano mayor torció el gesto de manera demasiado abrupta por lo que supuse que el halago los ofendía, tomé nota mental sobre esto e ignorándolo me dediqué a hablar con el tío de la canadiense.

Aunque su aspecto no lo indicaba era hombre de gustos delicados. Un poco contrarios a los míos pero pude apreciar que su gusto por la palabra escrita era amplio. En su gusto escritores dedicados a trabajar la palabra ganaban a los que narraban historias, los Gracq vencían sin duda a los Balzac. Aún así tenía una gran cultura y conocía a la perfección todos los autores de los que me enorgullecía disfrutar.

Los miembros de la familia fueron tomando posiciones en torno a nosotros, poco a poco me fueron rodeando, seguí sin prestarles atención y proseguí hablando con el tío de la canadiense con mucho entusiasmo.

Supuse que ahora se procedería al ataque más decidido y no me equivocaba. Podían ser groseros y maleducados pero no engañaban a nadie.

Con los miembros de la familia en torno nuestra conversación sobre literatura fue muriendo poco a poco hasta que nos callamos, di una buena calada al puro y un buen trago al coñac y miré directamente al padre de la

canadiense aguardando.

- ¡Es usted listo! –afirmó el padre con rostro serio.
- No lo crea –replique.
- Me lo parece y además creo que especial, camina despacio entre la indiferencia y la falta de aprecio. Dudo entre pensar si no le importa nada o simplemente nos ignora. Me da igual, créame. Lo que me importa y lo que importa a esta familia es mi hija. La conocemos y sabemos de sus defectos y sus problemas pero la queremos y es normal que nos preocupemos por ella.
- Lo entiendo –asentí en mitad de un pesado silencio un poco cansado ya de ese ambiente entre educado y hostil.
- Apenas le conocemos pero quisiéramos saber sus intenciones, tal vez sea un poco precipitado pero mi hija es una persona frágil, muy frágil y como usted puede imaginar no queremos que sufra.

Antes de nada debo decirle que si usted viene por su dinero no lo obtendrá, de esta familia sólo obtendrá un buen dolor de cabeza.

Aquello me indignó y más aún los asentimientos de cabeza del resto de la familia, tuve que respirar hondo dos veces antes de decir nada, puesto que la primera palabra que iba a salir de mi boca era cualquier cosa menos agradable.

- Olvídense del dinero –repliqué con tono mesurado pero que creo que dejaba traslucir cierta rabia- no lo quiero para nada y creo que si vuelven a tratar semejante asunto conmigo les mandaré a la mierda con total tranquilidad.

Ante mi tono hubo sonrisas y algún que otro asentimiento de cabeza. Vaya familia más rara pensé. Tras ello uno de ellos me dio una palmada en el hombro y el ambiente se distendió.

- Siento haber sido tan directo –explicó el padre- pero era preciso.

- No lo creo –respondí sin poder abandonar la rabia- ustedes no se preocupan de su hija se preocupan de su dinero. Deberían de mirar más como es e intentar comprenderla.
- ¿Quién entiende a las mujeres? – exclamó uno de sus hermanos lo que provocó una fuerte carcajada.

Me dio un poco de pena todo aquello.

Los miembros de la familia aguardaron un tiempo, hasta acabar el puro y tras ello comenzaron a despedirse, esa tarde tenían un compromiso ineludible con su club de fútbol, compromiso que bajo ningún concepto podían perderse, y tras unos apretones de manos partieron dejándome en soledad y con amargos pensamientos.

La canadiense no tardó en llegar. Había quedado solo, terminando el puro y dejando posar la vista sobre el perfecto jardín, considerando lo que había visto y escuchado.

- Has triunfado –afirmó la canadiense

entrando con una gran sonrisa en los labios, labios que se dirigieron a mi boca dándome un sentido beso.

- ¿Tú crees? –pregunte dudando.
- Prueba superada, la parte femenina esta contenta y la masculina te tolera, sólo un hermano mío piensa que eres un sinvergüenza, pero con recursos, el resto creo que te soportará –explicó sin perder la sonrisa dibujando en su rostro una felicidad infantil- ¿te gustan los puros?
- ¡Oh claro!, pero tengo tan pocas ocasiones para disfrutarlos –reconocí mirando lo poco que quedaba ya.
- Te cogeré unos pocos –afirmó con vehemencia- te los has ganado.

La miré mientras trasegaba en busca de una caja y sólo pude sentir pena.

Salimos escopetados, con una caja de puros en mi regazo, con la mitad de su contenido, y tras un fuerte acelerón que terminó con un frenazo brusco al llegar al primer badén. En ese

momento y mientras el coche aún andaba se acercó a mi lado y me dio un sentido beso en el cuello.

- Gracias –dijo sin dejar de mirarme.

Señalé hacía delante y le comenté algo sobre pagarme el disgusto en cantidad de carne a lo que ella replicó que lo haría con mucho placer.

Cuando tomamos la autovía comenzó de nuevo a acelerar y no dejó de hacerlo hasta llegar a su casa, donde con ruido de neumáticos metió el coche en el garaje.

Subimos a su casa y allí se me entregó.

No fue una entrega corporal, puesto que esto ya lo había hecho, sino personal.

Lo noté en sus besos, en sus palabras y sobre todo en sus ojos. De alguna forma llegué a comprender que confiaba en mí y a mí se entregaba como ser humano. Sentí miedo y nerviosismo, nadie antes había llegado a tal extremo conmigo y comprendí que no podía decepcionarla. Algo así, sin duda, te haría ser mejor persona.

Acepté el riesgo, ya que conllevaba un peligro sutil en su aceptación, y recordé las palabras latinas de Graecia capta.....

El lunes llegó demasiado pronto, tan pronto que todavía tenía la sensación de libertad propia del fin de semana. Cuando llegué al trabajo resoplé, aún quedaban cinco días hasta conseguir un poco de libertad.

Mi jefe no había llegado y disfrute de ese tiempo pensando en la canadiense y en cómo nuestra relación había evolucionado.

Estaba, seguramente con una sonrisa tonta en la boca, recordando buenos ratos pasados cuando llegó mi jefe.

Este era un ser, porque decir persona sería ampliar demasiado el espectro de lo que consideramos humanidad, que disfrutaba humillando. Comprendí, al poco, que en su hogar era humillado y seguramente ignorado, por lo que se desahogaba en el trabajo y era yo su principal y más querida víctima.

La oficina era un espacio pequeño en el que su despacho y mi mesa estaban demasiado cercanas y sólo compartíamos el espacio con la responsable de recursos humanos, quien apenas aparecía, y con el despacho del gerente,

quien nunca pasaba por allí.

Nada más llegar me echó una mirada torva, algo que presagiaba tormenta, supuse que su fin de semana le había llenado de frustraciones y que llegaba con el sano propósito de descargarlas sobre su único empleado.

Yo estaba ajeno, ignorándole, como siempre hacía, pero él, era sutil, tenía el olfato de un perro de caza para descubrir donde atacar y cuando hacerlo, y como la semana anterior no había conseguido romper mi muro de indiferencia, llegaba verdaderamente enloquecido.

Saludó y recibió mi saludo habitual.

Pasó a su despacho y comenzó a descargar el maletín y a mirar los papeles que sobre su mesa había.

Me llamó al poco, como siempre hacía, llamándome por mi apellido y con un tono que dejaba a las claras su intención aviesa. Sabía que durante el fin de semana había tenido tiempo de preparar el ataque y debo decir, en su

favor, que era enemigo contumaz, que revisaba todo hasta encontrar algo en lo que centrar sus críticas.

Me echó una mirada esbozando una sonrisa torcida y a ello sumó un ligero gesto de disfrute levantando la ceja izquierda. Fue esto sin duda lo que me sublevó, hasta el momento había soportado durante años sus excesivas libertades para conmigo y sus palabras cargadas de desprecio, pero mi vida era otra y yo, en consecuencia, era otro. Fue ese pequeño gesto el que me hizo despertar de mi letargo y el que provocó que tuviera un enfado monumental.

- Es usted inútil supino...-comenzó a decir en tono mesurado que sabía que elevaría poco a poco.
- ¡¡Estoy hartos!! –exclamé interrumpiéndole elevando la voz por encima de la suya- de usted y de su trato. No pienso aguantarle ni un minuto más –anuncié señalándole con mi dedo índice con claro gesto agresivo y que provocó una mirada, primero de asombro

y luego un gesto infantil, puesto que bajo los ojos hacía el suelo y los levantó con las cejas levantadas.

Entonces lo vi claro, era puro y simple MIEDO.

FIN